

Bianca®

En brazos del banquero

Cathy Williams

En brazos del banquero (2005)
Cathy Williams

Argumento:

Sólo había una manera de sacársela de la cabeza... llevársela a la cama.

Cuando Melissa Lee aceptó trabajar para el banquero Elliot Jay, esperaba mantener con él una relación estrictamente profesional. Quizá Elliot fuera increíblemente sexy y capaz de hacer realidad hasta sus sueños más salvajes, pero también era un adicto al trabajo que no se dejaba llevar por sus emociones.

La impetuosa empleada nueva... con sus seductoras curvas, estaba volviendo loco a Elliot... y haciéndolo pensar en nuevos planes que nada tenían que ver con el trabajo.

Capítulo 1

Elliott miraba por la ventana, con expresión seria. La sala, amplia y minimalista, tenía una vista particularmente agradable de una de las pocas zonas verdes de Londres y, en aquel día soleado, casi podría creer que estaba en algún lugar del Mediterráneo y no en la sala privada de un elegante gimnasio en el centro de Londres.

Elliott miró impaciente su reloj y se volvió hacia la puerta.

Esperar era algo que, sencillamente, no entraba en los planes de Elliott Jay. Eso era algo que hacían los demás. Él estaba acostumbrado a que sus órdenes se obedecieran de inmediato sin tener que esperar... veinte minutos, según su reloj.

Frustrado, se dejó caer sobre una silla, deseando haber llevado su ordenador portátil para no perder el tiempo. Pero las circunstancias lo habían colocado en aquella posición.

Con una disciplina de hierro, apartó de su mente esas circunstancias y miró alrededor, aquel sitio tan ordenado, tan limpio, tan impersonal.

Ésa era una de las razones por las que se apuntó si gimnasio dieciocho meses atrás. Eso y que estaba a un tiro de piedra de su ático en Kensington. Vigo era un gimnasio que no intentaba parecer acogedor. No había un bar con sofás de terciopelo donde los agotados clientes pudieran tomar un té, ni tumbonas alrededor de la piscina. No, todo era de acero y cromo, con periódicos sobre estrechas mesas de metal. Había un ciber—café para aquellos que sintieran la inclinación de entrar en Internet después de hacer ejercicio y las máquinas de musculación eran lo último en tecnología. Aunque él no las usaba. Él se relajaba dos veces por semana jugando un brutal partido de squash y luego nadaba un rato en la piscina. A las ocho de la tarde, cuando quedaba poca gente.

Como en todos los aspectos de su vida, Elliott hacía ejercicio con total concentración. De adolescente, su entrenador de rugby le había aconsejado que se hiciera profesional, pero ser un deportista profesional nunca le pareció algo práctico. Su intelecto jamás habría

podido ser contenido por algo tan exigente físicamente como el deporte. Su mente exigía enormes retos mentales. Siendo director de un banco de inversiones, el más joven de Londres, no sólo conseguía ese reto, además ganaba fenomenales sumas de dinero. Y eso significaba que, a los treinta y dos años, podía permitirse sus propias aventuras financieras, que solían recibir ingentes recompensas económicas.

La carga de trabajo, que para la mayoría de las personas sería insoportable, era energética para Elliott. Su agenda estaba diseñada con precisión militar. Una reunión seguía a otra y su nombre era sinónimo de éxito en el mundo financiero.

Pero no trabajaba para ganar dinero, trabajaba porque sí. Incluso en sus horas de descanso, siempre tenía algo que hacer.

En aquel preciso momento, tenía muchas cosas que hacer y perder el tiempo no le gustaba nada. De hecho, debía relajarse y recordar que estaba en terreno desconocido: iba a pedir un favor.

Y no le hacía ninguna gracia.

Pero Melisa Lee había sido recomendada por la directora del gimnasio, una mujer de negocios a la que Elliott respetaba mucho. Por supuesto, no le había contado todos los detalles, sólo que necesitaba a alguien que pudiera ocuparse de una persona un poco problemática y con exceso de peso. La señorita Lee parecía la persona perfecta para el trabajo. Tenía veinticuatro años, era nutricionista y fisioterapeuta y no llevaba mucho tiempo en el gimnasio, de modo que seguramente tendría tiempo libre para atender a otros clientes.

Y aunque Elliott necesitaba sus servicios, no pudo resistir mirar su reloj cuando por fin ella entró en la sala.

—Llevo esperándola cuarenta minutos, señorita Lee.

Melissa se detuvo abruptamente.

«Uno de nuestros clientes quiere verte para hablar de un trabajo fuera del gimnasio», le había dicho Samantha, interrumpiendo una sesión de fisioterapia que acababa de empezar. «Ahora mismo, si es posible». Samantha no le había dicho nada más sobre el cliente y Melissa decidió ignorar el «ahora mismo, si es posible».

Pero al verlo se quedó sorprendida.

Trabajando en un gimnasio era normal ver hombres impresionantemente musculosos. Cada mañana, a las siete y media,

Melissa iba al gimnasio para hacer una tabla de ejercicios y allí estaban, con sus trajes de chaqueta colgados en el vestuario, corriendo por la cinta o haciendo ejercicio en alguna otra máquina de tortura. Naturalmente, no la miraban siquiera porque esos hombres sólo tenían ojos para sí mismos.

Pero nunca había visto al hombre que tenía delante de ella. De ser así lo recordaría: pelo negro azabache en contraste con unos ojos azul cobalto, piel morena y una estructura ósea perfecta. Era un hombre sensacionalmente atractivo, debía admitir.

Su expresión, sin embargo, no era simpática. Todo lo contrario.

—Supongo que es usted la señorita Lee —siguió él, mirándola de arriba abajo.

—Sí, soy yo —asintió Melissa, desconcertada por el escrutinio—. Siento haberle hecho esperar, pero estaba en medio de una sesión de fisioterapia cuando Samantha me dijo que quería usted ofrecerme un trabajo.

Pero fuera cual fuera el trabajo que aquel hombre quería ofrecerle, Melissa decidió que no lo aceptaría. Aquel hombre daba miedo. Además, no parecía necesitar su ayuda. Tenía un cuerpo perfectamente proporcionado, musculoso, pero sin exageraciones, y un tono de piel bronceado que le daba un aspecto exótico. Si necesitaba ayuda para ponerse en forma, tendría que ser la de un entrenador experto, no la de una fisioterapeuta.

—Así es. Pero si quiere trabajar para mí, le advierto que no admito esperas.

—Ya le he pedido disculpas —replicó Melissa—. No podía dejar a mi cliente en medio de una sesión de fisioterapia. La señora Evans necesita mis servicios. Sufrió un accidente de tráfico hace unos meses y...

—Ya es suficiente —la interrumpió él, impaciente—. No he venido a perder el tiempo hablando de una extraña. He venido para hacerle una oferta que, supongo, le parecerá interesante.

—Yo trabajo para el gimnasio Vigo, señor... no sé su nombre —dijo Melissa, intentando esconder su irritación.

—Elliott Jay, pero puede llamarme Elliott.

Ella preferiría no tener que llamarlo nada.

—No creo que pueda aceptar clientes fuera del gimnasio. Además, tengo la agenda llena y...

—Le aseguro que Samantha no pondrá ninguna objeción —volvió a interrumpirla Elliott. No sabía por qué la dueña del gimnasio le había recomendado a aquella chica. Para empezar, no había esperado tener que convencerla para que aceptase el trabajo. No sabía lo que ganaría en el gimnasio, pero siendo Londres una ciudad tan cara, había supuesto que estaría encantada de ganar dinero extra.

Además, físicamente tampoco era lo que había esperado. Llevaba un vestido ancho que escondía sus formas, pero lo que veía no armonizaba mucho con la personalidad de alguien que se dedicaba a entrenar el cuerpo. No era gorda, pero tampoco era delgada precisamente.

—Supongo que querrá saber qué clase de trabajo le estoy ofreciendo.

—Lo siento, pero no creo que pueda ayudarlo —anunció Melissa —. Evidentemente, usted es un cliente habitual del gimnasio y creo que necesitaría un entrenador personal. Yo soy nutricionista y fisioterapeuta y los ejercicios que hago, estiramientos sobre todo, son para mayores de sesenta años...

—¿Ha terminado? —la interrumpió él—. ¿Suele ser tan negativa para todo? ¿Suele ver los obstáculos antes de dar un paso adelante? Si es así, lo siento mucho por sus clientes porque no creo que pueda ayudarlos.

—¿Cómo dice? —exclamo ella, atónita.

—Lo siento, pero creo que hemos empezado con mal pie —suspiró Elliott—. No he venido a contratarla para mí, sino para mi hija.

¿Aquel hombre tenía una hija? Sí, parecía muy viril. De hecho, al menos físicamente, podría decirse que era un macho alfa, el tipo de hombre que las revistas solían mostrar como el sueño de cualquier mujer.

Melissa intentó imaginarlo como padre... y no fue capaz.

—Parece sorprendida.

—Lo estoy. No parece usted la clase de hombre que... aunque no hay un tipo de hombre para eso, claro...

—Es una historia muy larga. Pero si le interesa el trabajo, sugiero que nos veamos a una hora más civilizada para hablar de ello. Yo había esperado tener esto resuelto esta noche, pero son casi

las diez y supongo que tendrá que irse a casa. ¿Qué le parece mañana, a las seis, en el bar de abajo?

—A las seis, muy bien —suspiró Melissa, un poco confusa.

Elliott se levantó de la silla.

—En caso de que tenga usted inclinación a los cotilleos, debe saber que yo los detesto. Éste será un acuerdo privado entre los dos y no quiero que nadie sepa nada.

—No suelo hablar de los demás —replicó ella, fulminándolo con sus ojos azules.

—Por favor, no llegue tarde mañana. Soy un hombre muy ocupado —le advirtió Elliott Jay antes de desaparecer.

Melissa se quedó sin habla. Por supuesto, no tenía intención de aceptar el trabajo. Aunque le hacía falta el dinero. Había llegado a Londres seis meses antes, sin saber que allí todo era inmensamente más caro que en cualquier otra parte... sobre todo el precio de los alquileres.

Había alquilado un estudio, que se anunciaba optimistamente como «un lugar acogedor y perfecto para una persona soltera no fumadora» y lo que se encontró en realidad fue una habitación diminuta y en absoluto perfecta para nadie. El cuarto de baño era compartido, lo cual era horrible, y la cocina era tan pequeña que hacer algo más complicado que un plato de pasta requería habilidades malabaristas que ella no poseía. Con su salario del gimnasio pagaba el alquiler y le quedaba algo para el resto de los gastos, pero sus ahorros estaban agotándose.

El dinero que aquel cliente podría ofrecerle debería haber sido lo primero que llamara su atención, pero... lo que la había sorprendido era la existencia de una hija.

La curiosidad, se recordó durante todo el día siguiente, mató al gato. Bien, tenía una hija. ¿Y qué? Eso era de lo más normal.

El recuerdo de aquel rostro serio, esos ojos tan fríos, hacía que sintiera escalofríos y despertaba su curiosidad al mismo tiempo. La curiosidad suficiente como para encontrarse en el ciber—café durante la hora del almuerzo, buscando a Elliott Jay en Internet.

Había mucha información.

Treinta y dos años y un curriculum académico impresionante: licenciado en Económicas y Derecho por la Universidad de Oxford. Después, su conversión en un gigante de las finanzas, con enorme

talento para entender las fluctuaciones del mercado.

No se mencionaba a su hija ni a su esposa.

De hecho, no había mucha información sobre su vida privada. Seguramente porque mantenía a su mujer y su hija escondidas en el sótano para que no lo molestasen. La niña debió nacer antes de que su fulgurante carrera en el mundo de los negocios lo convirtiera en un «hombre muy ocupado» como él mismo había dicho.

O quizá, pensó, apagando el ordenador, lo de la hija era una trata para interesarla en otra proposición... menos decorosa.

Melissa tenía una imaginación muy fértil. Un pensamiento podía llevar a otro y éste a toda una serie de situaciones inverosímiles. Pero ni ella podía imaginar por qué alguien como Elliott Jay tendría que inventarse una hija para acostarse con una mujer...

No, la niña debía ser real. Y eso despertó su curiosidad mucho más. De modo que, a las seis menos cuarto, estaba esperando a Elliott Jay en el bar, con una botella de agua mineral en la mano.

Incluso había estado un rato en el vestuario intentando arreglarse un poco. Su pelo era incontrolable, como siempre. Demasiado rubio, demasiado rizado y demasiado temperamental. Melissa hizo lo que pudo, es decir, sujetarlo en una trenza, pero, como siempre, varios mechones rebeldes flotaban alrededor de su cara. Habría necesitado comprar varias cajas de horquillas para retenerlos.

Melissa siempre había pensado que la ventaja de tener una cara normal y corriente era que, con un poco de maquillaje, siempre quedaba más o menos bien. Ella no tenía los pómulos altos, ni los labios generosos, ni esas larguísimas pestañas negras con las que aparecían las modelos en las revistas. Tenía un rostro ovalado, ojos azules, sin más, la nariz recta y una boca que parecía dispuesta a sonreír a la menor oportunidad.

Ésa era ella.

Por todo maquillaje, brillo en los labios y colorete, para animar un poco su expresión. En cuanto a la ropa, un vestido que no destacase nada, como hacía desde los trece años, cuando sus curvas se convirtieron en un indeseado foco de atención para los chicos. El vestido, como el que había llevado el día anterior, era ancho, nada llamativo y, junto con la chaqueta, conseguía esconder su figura.

Al menos, la parte de su figura que quería esconder.

Melissa tomó un sorbo de agua, mirando distraídamente el Financial Times. Cuando levantó la cabeza, Elliott Jay estaba en la puerta del bar.

Su estómago dio un saltito. Si era posible, intimidaba más de lejos que el día anterior, cuando lo tuvo a sólo un metro de distancia. Era alto, con un cuerpo fibroso, evidentemente en forma. El convencional traje gris debería darle una apariencia aburrida, pero no era así. Parecía un sofisticado depredador. Y, por lo que había leído sobre él, eso era exactamente: un hombre de negocios, un despiadado financiero que no tenía tiempo para frivolidades. ¿Se reiría alguna vez? ¿Sonreiría siquiera?

—Ha llegado a su hora. Me alegro —fue su saludo.

—Normalmente, llego a mi hora —replicó Melissa—. Ayer me avisaron cuando estaba atendiendo a un cliente, ya se lo dije.

—Y bebe agua mineral. ¿Es para impresionarme o porque sigue una dieta? Pensé que una nutricionista se tomaría los hábitos alimenticios muy en serio.

—No tengo intención de impresionarlo, señor Jay.

—Elliott.

—Elliott. Y bebo agua porque emborracharme en el bar del gimnasio en el que trabajo no me parece muy apropiado.

—No, supongo que no. Y menos si uno es nutricionista —replicó Elliott—. Samantha me ha contado algo sobre ti, pero quizá quieras contarme algo más.

Por un momento, Melissa creyó que le estaba preguntando por su vida privada, pero luego lo pensó mejor.

—¿No crees que antes deberías decirme qué clase de trabajo tienes en mente?

Elliott se echó un poco hacia delante. Fue un movimiento muy ligero, pero suficientemente amenazador como para que Melissa se pusiera en guardia.

—Deje que le aclare una cosa, señorita Lee: yo hago las preguntas, usted me da la información.

—Eso suena muy democrático —replicó ella, irónica. Enseguida, vio un brillo de sorpresa en los ojos azul cobalto. Sorpresa de que hubiera osado responder cuando no le había hecho una pregunta, sin duda.

—Me alegra que estés de acuerdo —dijo él por fin—. Voy a

pedir algo a la barra. ¿Quieres que te pida otra botella de agua mineral?

—No, una es suficiente para mí.

Melissa se percató de que el camarero prácticamente se tiraba de cabeza para servirle. Era comprensible.

Cuando volvió a sentarse, con una copa de vino blanco en la mano, Melissa le dio su curriculum y Elliott lo leyó rápidamente.

—No tienes un título universitario. ¿Por qué?

Era «un hombre muy ocupado». No había tiempo para amabilidades en el interrogatorio.

—Decidí marcharme a Estados Unidos durante un tiempo. Estuve trabajando como au pair y, cuando volví a Inglaterra, decidí dejar la carrera aparcada.

—De modo que, para ti, conseguir un título universitario no es importante.

Melissa se encogió de hombros.

—Habías dicho que iba a hacer las preguntas, no que ibas a interpretar las respuestas.

Elliott suspiró, frustrado. Hablar con aquella chica era como sentir un picor en medio de la espalda, donde uno no podía llegar.

—Intento conocerte. Y creo que eso es normal en una entrevista de trabajo.

—Para un trabajo que yo podría no aceptar.

Él apretó los labios, exasperado.

—¿Por qué decidiste dejar de cuidar niños y dedicarte a la fisioterapia? —preguntó, observando el vestido. Otro vestido ancho, de flores. Le recordaba a una colcha que tenía una novia suya, siglos atrás.

Luego dejó la inspección para escuchar su respuesta: le interesaban las funciones corporales y le parecía un trabajo más práctico. Había hecho un curso de fisioterapia y nutrición mientras vivía con sus padres y así ahorró algo de dinero.

—Afortunadamente —siguió, con una voz que a Elliott le pareció muy melódica para una chica tan poco agraciada— porque la vida en Londres es carísima. ¿Sabes lo que cobran por una habitación? No, supongo que no. Bueno, pues mucho.

Elliott se relajó. Dinero. ¿Quién había dicho que era el idioma universal? Aquella chica necesitaba dinero, como había imaginado.

—Sorprendente —dijo, sarcástico—. Samantha tiene buena opinión de ti. Dice que eres una buena profesional y que se te da bien el trato con la gente.

Melissa sonrió.

—Eso creo yo, pero me agrada saber que alguien está de acuerdo.

Cuando sonreía, su rostro se volvía radiante, luminoso. Elliott se quedó perplejo.

Como todas las facetas de su vida, las mujeres estaban colocadas en un compartimiento limitado. Elliott no era hombre de muchas novias, no. Una persona que trabajaba tantas horas no tenía tiempo para ser un playboy. Y siempre salía con mujeres como él, ejecutivas o profesionales liberales. Le gustaba hablar con ellas porque era interesante averiguar cómo entendían los problemas profesionales, cómo veían las cosas, cuál era su punto de vista sobre temas que a él le resultaban interesantes.

Y ahora mismo...

Elliott miró su reloj. Aún tenía tiempo. Tenía una hora y media antes de su cita con Alison, aunque era raro que quedasen un día de diario y tan temprano.

—¿Te gusta tu trabajo?

—Claro que sí.

—Lo que yo tengo en mente requeriría toda tu atención, al menos a partir de las cuatro de la tarde. Aunque también podría pedirte que estuvieras de servicio por la mañana, alrededor de las siete.

—Que estuviera de servicio —repitió ella.

—Naturalmente, no tendrías que seguir trabajando aquí porque te ofrezco un buen salario, pero podrías seguir atendiendo a algunos clientes cuando tuvieras tiempo libre. Durante los fines de semana, me temo, tendrías que trabajar, pero no creo que esto vaya a durar más de tres meses.

Harta de los rodeos, Melissa decidió tomar al toro por los cuernos.

—He buscado información sobre ti en Internet.

—¿Ah, sí? ¿Y qué has encontrado?

—He encontrado muchas cosas sobre ti, pero nada en absoluto sobre tu esposa y tu hija.

—No estoy casado.

—¿Estás divorciado?

La pregunta se encontró con una fría mirada de desaprobación, pero Melissa no se arredró.

—Veo que ésa es una pregunta demasiado personal.

—Así es.

—Porque tú tienes el monopolio de las preguntas, ¿verdad? No, no te molestes en contestar. Háblame de tu hija y del trabajo, aunque no te garantizo que vaya a aceptar.

—¿Aunque necesitas el dinero? —preguntó Elliott. Luego dijo una cifra y observó, satisfecho, que ella abría mucho los ojos—. Ya me lo imaginaba. Demasiado dinero como para decir que no, ¿verdad? Especialmente, si piensas que este trabajo te dará libertad para atender a algunos clientes.

—No todo el mundo se mueve por dinero.

—Cierto. Pero a la mayoría se la puede persuadir —sonrió él, cínicamente.

—¿Cómo se llama tu hija y por qué no la mencionan en ninguno de los artículos que he leído sobre ti en Internet? ¿Le ocurre algo?

La sonrisa cínica desapareció.

—No le pasa nada —murmuró Elliott, levantándose—. Voy a pedir otra copa. ¿Y tú? ¿Insistes en que no te vean bebiendo alcohol en el gimnasio?

Parecía un reto y Melissa decidió aceptarlo.

—Muy bien. Una copa de vino blanco.

—Bueno —dijo él unos minutos después, dejando las copas sobre la mesa— hablemos sobre mi hija. Se llama Lucy y tiene catorce años.

—¡Catorce! —exclamó Melissa. Elliott Jay debía haber sido un adolescente cuando la niña nació. Un joven marido esperanzado, seguramente... Pero no, había dicho que no estaba casado.

—Veo que has hecho cuentas —murmuró él, tomando un sorbo de vino con expresión seria.

Melissa no estaba acostumbrada a tanta frialdad y empezó a ponerse nerviosa.

—Estaba en la universidad cuando conocí a Rebecca. Había venido desde Australia para hacer un master en Psicología, mientras yo estaba terminando Derecho y Economía —Elliott se detuvo—.

Hablar de mi vida privada es algo que no suelo hacer, pero parece que no tengo elección.

—Todo el mundo tiene una vida privada —comentó Melissa—. Y supongo que la tuya es como la de cualquiera.

—En caso de que no te hayas dado cuenta, yo no soy «cualquiera».

Melissa buscó arrogancia en aquel comentario pero, sorprendentemente, no había ninguna. Era, sencillamente, una afirmación.

—Sé que eres una persona importante, pero un ser humano al fin y al cabo.

—Y uno al que le gusta que su vida privada no se divulgue. Te estoy contando esto porque...

—Crees que, en cuanto salga del bar, voy a contarle a todo el mundo lo que sé de ti. Incluso podría venderle la historia a alguna revista sensacionalista.

Por primera vez, Elliott sonrió. Con desgana, pero también con cierta aprobación. Una genuina sonrisa que la dejó sin aliento durante unos segundos. Su expresión había cambiado por completo, parecía otro. Acababa de ver al hombre que había debajo de aquella fachada fría e insensible. Un hombre terriblemente atractivo.

—Lo creas o no, yo soy una profesional y no voy contando cosas por ahí. O sea, que tuviste un romance durante tu época de universidad y el romance tuvo consecuencias inesperadas.

—No, no fue así.

—Pero si acabas de decirlo...

—Sí, tuve un romance. Pero ella tenía veintisiete años y yo, dieciocho. A esa edad, el deseo es muy poderoso y...

El deseo.

Ella no sabía mucho sobre el deseo. De amistad mezclada con curiosidad, sí. Había tenido dos experiencias de ese tipo, cortas y nada importantes. El deseo era un concepto ajeno a Melissa. Pero cuando miró aquel rostro bronceado, serio, sintió un escalofrío.

Capítulo 2

Y tuvimos una relación —se encogió Elliott de hombros. Melissa se inclinó hacia delante y lo miró con intensa concentración.

—Lo dices como si fuera una ecuación matemática. ¿Significó algo para ti?

—No estamos hablando de lo que las relaciones significan para mí, sino de lidiar con las consecuencias.

—Ya —murmuró Melissa.

Cuando lo miraba de esa forma, con los ojos tan abiertos, era como si lo mirase un cachorro.

—El asunto es que lo nuestro duró alrededor de seis meses. Fue divertido, pero nunca estuvo destinado a ser algo más.

—¿Quién rompió la relación?

Elliott la miró, sorprendido de su audacia.

—Eso da igual. Los detalles son irrelevantes. El hecho es que Rebecca volvió a Australia y no me dejó su dirección. Yo no sabía que estuviera embarazada... hasta hace seis meses, cuando su abogado se puso en contacto conmigo para decirme que tenía una hija.

Melissa se quedó boquiabierta.

—¿Qué pasó?

—Lo que pasó fue un accidente de tráfico. Rebecca y su marido murieron.

—Qué horror.

—Sí, imagino que sí. El problema es que Rebecca era hija única y su único pariente es su madre, que vive en una residencia de la tercera edad en Melbourne. Y Brian... bueno, su marido tenía varios parientes, pero no mantenía relación con ninguno. Era inglés y no había vuelto a su país en catorce años.

—¿Y cómo descubrieron tu existencia?

—Porque mi nombre estaba en la partida de nacimiento de Lucy. Además, Rebecca dejó dicho en su testamento que, de ocurrirle algo a ella, debían ponerse en contacto conmigo.

Le estaba contando todo eso con una expresión indescifrable y Melissa, sin embargo, sintió compasión por él. Y por su hija. La pobre chica había tenido que enfrentarse a la muerte de sus padres, la angustia de encontrarse en otro país, lejos de casa, de los suyos, con un padre al que no conocía...

Por impulso, apretó su mano y sus ojos se encontraron. Él no apartó la suya, pero fue como si lo hubiera hecho porque su expresión era helada.

—No sientas pena por mí. Es una situación que hay que solucionar y por eso estoy hablando contigo.

Melissa apartó la mano como si se hubiera quemado.

—¿Cuál es el problema?

—Lucy no parece encontrarse muy cómoda.

—Es lógico.

—Sí, lo sé. Pero eso no cambia la realidad de la situación. Está en un colegio que dice odiar, se refugia en su cuarto en cuanto puede y come demasiado. Ha engordado mucho desde que llegó de Australia y no sé cómo cambiar ese patrón de comportamiento.

—¿Y qué quieres que haga yo? —preguntó Melissa.

—Ponerle una dieta, animarla para que haga ejercicio.

—Pero...

—¿Aceptas el trabajo o no? Es una pregunta muy sencilla. Si no, no quiero perder más tiempo.

—No sé si podría ayudarla en una situación como ésta. Parece muy compleja y...

—Todas las situaciones, complejas o no, tienen solución. Y las soluciones más sencillas suelen ser las más efectivas.

—Puede que eso funcione en el mundo de las finanzas, pero no funciona en la vida real.

—Como he dicho, todos los problemas tienen solución. Ser ingenuo y sentimental no resuelve nada, de modo que quiero una respuesta. ¿Estás dispuesta a aceptar el trabajo?

¿Lo estaba? ¿Estaba preparada para relacionarse con aquel hombre? Era una persona fría, sin sentimientos, y trabajar para él podría sacarla de sus casillas. Y eso no era algo que le apeteciera especialmente.

Por otro lado, su imaginación había empezado a volar al conocer los detalles sobre su hija...

—Sí.

—Muy bien —dijo él, sacando un papel del bolsillo—. Es un contrato. Sólo tienes que firmar... aquí —añadió, sacando un bolígrafo, tan elegante como su traje, su reloj y sus zapatos.

—¿El contrato es necesario? Podría ser una relación informal...

—No, no puede ser.

Melissa tomó el bolígrafo y firmó en la línea de puntos después de echarle un rápido vistazo.

—Muy bien. Me quedo con tu curriculum para tener tu dirección y tu número de teléfono. Preferiría que empezases a trabajar el lunes. De ese modo, tendrás tiempo para solucionar los problemas de horario que tengas en el gimnasio. A partir del lunes y desde las cuatro de la tarde, tendrás que estar disponible.

—¿Quieres que Lucy haga ejercicio todos los días?

—Sí, supongo que sí. Pero no tiene que ser nada extenuante.

—No podría hacerlo. Mis tablas de ejercicios están dirigidas a personas con poca energía —sonrió Melissa.

Aunque la sonrisa era contagiosa, Elliott no estaba de humor para devolverla.

—¿Por qué trabajas en un gimnasio si no te gusta la gimnasia?

—No es que no me guste. En pequeñas dosis puede ser divertida, pero el ejercicio exagerado no me interesa. Y trabajo aquí porque hay una clientela interesante y los alrededores son preciosos. Además, Samantha fue la primera que me ofreció trabajo.

—Una clientela interesante...

—Sí. A este gimnasio vienen muchos deportistas profesionales y los deportistas profesionales suelen tener lesiones, por eso tengo trabajo —sonrió Melissa—. ¿Por qué vienes tú?

—Juego al squash —contestó Elliott—. Dos veces a la semana, si tengo tiempo. Es un juego rápido, furioso, competitivo.

Tres cosas que un hombre como Elliott Jay debía disfrutar, pensó ella, particularmente el aspecto competitivo.

—Pero no estamos hablando de mí. Lo importante es que este trabajo requiere algo más que una dieta y algunas flexiones —dijo, suspirando pesadamente, el primer signo de emoción humana—. Quiero que motives a mi hija. No soy del todo insensible y entiendo que está pasando por un momento difícil, pero no suelo estar en casa a horas civilizadas... Mi trabajo se lleva casi todo mi tiempo.

—¿Qué quieres decir con motivar?

—Que la lleves a correr al parque, que vayas con ella de compras... Naturalmente, tendrás una cuenta corriente a tu disposición y una tarjeta de crédito.

—Pero...

—Sé que esto podría hacer mella en tu vida personal, de ahí el sustancial salario. En cualquier caso, el contrato tendrá una duración limitada y supongo que tu novio, si lo tienes, podrá soportarlo.

En realidad, hasta entonces no se había preguntado si tendría novio o no. Pero ya que lo mencionaba, intentó imaginar qué clase de novio sería. Melissa no parecía muy impresionada por cosas materiales, de modo que sería un chico normal, la clase de chico con la que cualquier madre soñaría para su hija.

—No es cuestión de novios...

—¿No lo tienes? Mejor.

—Pero eso no significa que no tenga una vid. social —le informó Melissa.

—No he dicho que así fuera. Sólo digo que necesito una persona con horario flexible.

—Ya.

—Tienes que estar el lunes en mi casa, a las cuatro. Lucy ya habrá vuelto del colegio a esa hora y, si yo no estuviera, Lenka te abrirá la puerta.

—¿Lenka?

—Mi ama de llaves polaca.

¿Y ya estaba? ¿Fin de la discusión? Elliott parecía dispuesto a marcharse.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—Mira, pon los pies en el suelo. Sé que, probablemente, estás acostumbrado a chascar los dedos y que la gente salte sin hacer preguntas, pero conmigo no funciona así.

El abrió la boca, perplejo. Nadie, absolutamente nadie le hablaba de ese modo. Y menos una empleada. Aunque lo de chascar los dedos contenía cierta verdad. Elliott tuvo que tragarse el primer impulso y mirarla amablemente.

—No puedo aparecer así como así. Lucy no sabrá qué hacer y yo

tampoco.

—Naturalmente, le avisaré de tu llegada.

—¿Y qué vas a decirle?

—Que te he contratado para que hagas ejercicio con ella y le pongas una dieta —se encogió Elliott de hombros—. A mí me parece lo mejor.

—Puede que a ti te parezca lo mejor, pero a mí no —replicó Melissa—. Además, no pienso aceptar el puesto a menos que tenga cooperación por tu parte.

—Explícate.

—Tienes que estar allí y presentarme a la niña. Ella se sentirá incómoda y es mejor suavizar la situación desde el principio.

—Que suavice la situación... —Elliott dejó escapar una risa amarga—. La verdad es que no puedo decir que en estos cinco meses mi relación con Lucy haya sido precisamente fácil. Pero estaré allí para hacer las presentaciones —suspiró, levantándose—. Ahora tengo que irme. ¿Necesitas saber algo más?

Melissa se levantó a su vez.

—Nada que tú quieras contarme, seguramente.

—¿Qué significa eso?

—Me refiero a cómo es la niña en realidad, qué sientes por ella, qué has pensado sobre su futuro. No debe ser fácil encontrarse una hija adolescente de la noche a la mañana, pero supongo que habrás pensado en ello. Y supongo que no querrás contármelo.

—Estás en lo cierto —contestó él, con sequedad—. Nos vemos el lunes a las cuatro, en mi casa. Hasta entonces.

Y desapareció.

Desapareció con un contrato firmado por ella en el que se comprometía a trabajar con una adolescente a la que no conocía y a la que podría no caer bien.

Una adolescente huérfana y desplazada no tendría el menor interés en ponerse a hacer ejercicio con una completa extraña, alguien empleado por un padre que sólo lo era de nombre. ¿Lo vería la niña como un gesto de ayuda por su parte o como un gesto de desprecio porque él no tenía tiempo para molestarse con ese tipo de cosas?

Lo último, pensó, si Lucy era una niña normal.

Elliott Jay era un hombre frío y si la intimidaba a ella, a saber

qué efecto tendría en su hija.

Melissa estuvo pensando en ello durante todo el fin de semana. Además de tener que lidiar con una situación que olía a desastre, no podía compartirlo con nadie.

Elliott le había advertido que no le gustaban los cotilleos, de modo que no podía hablar con sus compañeros del gimnasio. Y pedirle opinión a alguno de sus amigos le parecía una traición, ya que Elliott Jay era una persona muy conocida.

Al final, llamó a su madre y, después del típico intercambio de información, que incluía, naturalmente, la crucial pregunta de si comía bien, le confió que había conseguido un trabajo fuera del gimnasio.

—¿Qué clase de trabajo?

Melissa lamentó haber dicho nada. Las madres siempre se preocupaban exageradamente por todo y su madre era la reina de la preocupación. ¿Cómo iba a olvidar sus angustiosas llamadas cuando estaba en Estados Unidos para comprobar si su niña estaba bien y no había sido atacada por un pervertido?

—Un trabajo como nutricionista y entrenadora —le explicó, dejándose caer en el incómodo sofá—cama.

—¿Y por qué tienes que trabajar fuera del gimnasio, es que no te pagan suficiente?

—Es para una niña, una adolescente. Su padre está preocupado por sus hábitos alimenticios y me ha contratado para que haga ejercicio con ella después del colegio.

—¿Y por qué no apunta a la niña al gimnasio?

—Porque... —Melissa intentó inventar una razón creíble— es una cuestión de transporte. En Londres no es como en casa, mamá. Ellos viven lejos del centro y aquí hay millones de autobuses, trenes, metros... es muy complicado para una chica tan joven.

—Sí, claro, es normal que su padre se preocupe —asintió su madre.

—Y el salario es buenísimo.

Pero al decir eso, Melissa volvió a preocuparse. ¿Por qué estaba dispuesto a pagarle tanto dinero? Esperaba que Elliott Jay no tuviera intenciones raras... Elliott Jay. No había dejado de pensar en él desde que lo conoció. Y tuvo que sonreír al pensar qué diría su madre si le contara que estaba pensando en un hombre. Elliott y sus

padres no se llevarían bien. Su familia era muy tradicional, disfrutaban de las cosas sencillas de la vida… Él era todo lo contrario. Intentó imaginarlo en casa, en zapatillas, y le dio la risa. Era tan hogareño como un rinoceronte a la carga.

Pero hablar con su madre la ayudó un poco. Sólo tuvo que imaginar su sensata y normal infancia para ponerlo todo en perspectiva.

Como resultado, Melissa llegó al edificio donde vivía Elliott Jay el lunes a las cuatro en punto, más animada.

Se le había ocurrido llevar unos cuantos libros sobre nutrición, cosas sencillas para una niña de catorce años, que podían leer juntas. Le había parecido un buen plan por la mañana, pero ya no estaba tan segura.

Cuando entró en el edificio, se encontró en un inmenso vestíbulo de mármol, decorado con elegantes sofás y enormes plantas. Gigantescas plantas.

Había dos conserjes tras el mostrador de madera de roble. Uno de ellos levantó la mirada de inmediato y Melissa preguntó por el señor Jay.

—Ah, sí, usted debe de ser la señorita Lee. El señor Jay está esperándola. Ahora mismo lo llamo.

Los dos conserjes la miraron mientras ella echaba un vistazo al vestíbulo. Incluso el aire en aquel sitio parecía diferente, olía diferente. Olía a dinero. Nada que ver con el olor a repollo cocido que solía haber en su casa. El suelo de mármol brillante no tenía nada que ver con el suelo de linóleo de su portal, sucio y ajado por el paso de los años.

—Los ascensores están a la derecha —le indicó el primer conserje—. El cuarto piso.

—Dígame, ¿qué hacen para que esas plantas tengan tan buen aspecto? ¿Son de verdad?

—Claro que son de verdad —sonrió el hombre—. Las elegí yo mismo. Querían contratar una empresa especializada para que las cuidase, pero los convencí para que me dejaran hacerlo a mí. Soy un fanático de las plantas, ¿sabe?

—Ya veo —sonrió Melissa.

—Me encantaría vivir en el campo —suspiró el conserje—. En Londres no hay mucho verde, la verdad.

Eso la hizo pensar en su casa y, antes de que se diera cuenta, estaba charlando con él sobre el paisaje de Yorkshire y sobre las orquídeas que su padre cultivaba.

—Lamentablemente, yo no he heredado su toque mágico —suspiró tristemente, pensando en los tiestos que había comprado para su estudio. Después de unos días, las flores se marchitaron y sólo quedaban las hojas. Eran bonitas, pero Melissa quería algo de color para animar aquel estudio tan aburrido.

Antes de despedirse para ir hacia el ascensor, el conserje se ofreció a prestarle un libro de botánica y ella le dio las gracias, preguntándose si volvería por allí.

Cuando se abrieron las puertas del ascensor, salió a un largo pasillo cubierto por una elegante alfombra. Sólo había una puerta, de modo que Elliott debía ser el único ocupante de toda la planta. Frente a ella, un enorme espejo entre dos jarrones de aspecto chino. Melissa se miró un momento al espejo y, como casi siempre, no quedó muy convencida.

No había sabido qué ponerse para conocer a la infeliz adolescente, de modo que eligió unos pantalones color crema y una camiseta de rayas. Ahora, mirándose al espejo, comprobó que la camiseta era muy ajustada. Demasiado ajustada, dado el tamaño de su pecho, que ella solía camuflar...

—¿Has terminado? —oyó una voz a sus espaldas—. No es que quiera meterte prisa, claro —Elliott salió al pasillo y se quedó allí, inspeccionándola de brazos cruzados.

—Iba a llamar a la puerta ahora mismo.

—Lucy no ha vuelto del colegio —dijo él, haciendo un gesto con la mano para invitarla a entrar.

Después de ver el impresionante vestíbulo, Melissa había esperado lo mismo del apartamento y no se llevó una desilusión. Así era como vivía la otra mitad, pensó. Era un ático enorme, tipo loft, con el suelo de madera brillante. En la zona de estar había varios sofás de tonos rojos y granates con mesas bajas de madera y la cocina era una maravilla de la tecnología. Al fondo, una escalera con barandilla de hierro forjado llevaba a un despacho. Podía ver las estanterías, el ordenador y el escritorio desde allí. Bajo la escalera había una televisión de plasma y a ambos lados de la enorme sala, pasillos que debían llevar a las habitaciones.

Cuando por fin se volvió para mirar a Elliott, se encontró con un par de burlones ojos azules clavados en ella.

—No todos los días se encuentra una en un sitio así.

—Te gusta, ¿eh?

Le sorprendía sentirse tan gratificado por su reacción. Pero, ¿cuándo fue la última vez que alguien demostró tanto entusiasmo por su casa? No lo recordaba. El dinero era un aislante increíble. Él se mezclaba con gente que poseía apartamentos tan fantásticos como el suyo. Gente que no sólo iba de vacaciones, sino que viajaba durante todo el año. Y como el lujo era algo tan habitual entre ellos, la curiosidad se había convertido en una cosa del pasado.

—Es absolutamente... magnifico —dijo Melissa—. ¿Debería quitarme los zapatos?

—¿Por qué?

—No quiero estropear este suelo tan bonito.

—No, puedes dejarte los zapatos. Son zapatos planos, sensatos, buenos para un suelo de madera.

—Así soy yo, sensata. Cuando uno tiene que viajar en metro, no puede llevar zapatos de tacón. Demasiado incómodos. ¿Qué hay en los pasillos?

—¿Cómo?

—¿Qué hay al otro lado?

—Habitaciones y cuartos de baño. Seis dormitorios y tres cuatros de baño. ¿Quieres tomar algo mientras esperamos a Lucy?

—Un café, gracias.

¿Debería sentarse en uno de los sofás?, se preguntó. ¿O debía ir con él a la cocina y sentarse en uno de los taburetes que rodeaban la barra? Sí, mejor. Así no tendría que gritar para hablar con él mientras usaba una máquina que parecía recién sacada de una nave espacial.

Pero se quedó hipnotizada por el movimiento de sus manos. Eran unas manos grandes, capaces, muy masculinas.

—No entiendo por qué alguien compra una máquina tan complicada para hacer algo tan fácil.

—Es un aparato muy caro —Elliott le ofreció una taza de color azul y luego apoyó los codos en la barra, desconcertantemente cerca de ella. Melissa se apartó instintivamente, mientras su corazón empezaba a latir con una violencia inusitada.

—A los hombres les gustan los aparatos electrónicos y a los hombres ricos les gustan los aparatos electrónicos caros. O eso debió pensar una de mis ex novias cuando me regaló esto por mi cumpleaños. Pero hace un café muy bueno.

—Qué regalo más raro, ¿no? —murmuró ella, intentando imaginar a las mujeres con las que saldría Elliott Jay. Una mujer que regalaba un aparato tan sofisticado debía ser muy sofisticada—. A lo mejor era una forma de decirte que debías pasar más tiempo en la cocina. O a lo mejor su padre tenía una tienda de aparatos eléctricos —sonrió Melissa—. ¿A qué hora llega Lucy a casa?

Elio miró su reloj.

—Un poco antes de las cuatro, creo.

—¿Crees?

—No suelo estar en casa cuando llega del colegio —contestó él, sin disimular su irritación—. Lenka suele estar aquí, aunque la niña ya tiene catorce años. Puede entrar sola en casa, eso es lo que hacen la mayoría de los adolescentes, ¿no?

—Yo no —dijo Melissa—. Mi madre siempre estaba en casa cuando volvía del colegio. Seguramente, hoy en día eso es muy anticuado, pero no puedo imaginarme a mí misma volviendo a una casa vacía, teniendo que hacerme yo misma la merienda...

—Pues no creo que sea tan difícil. Y aceptar responsabilidades a los catorce años es bueno para cualquiera —dijo él, abriendo la nevera para sacar un zumo.

A Melissa no le gustaba su expresión de superioridad, como si lo que estuviera diciendo fuese una verdad absoluta.

—Estar solo no es bueno para nadie.

—Yo estoy acostumbrado a hacerlo casi todo solo. Mis padres vivían en Oriente y, desde los catorce años, me acostumbré a hacer las cosas solo, a quedarme solo en Londres durante las vacaciones. Y no me pasó nada.

—¿No te sentías solo? —preguntó Melissa.

Estaba imaginando a Elliott con catorce años, entrando en un apartamento vacío con una mochila llena de libros y ropa para lavar...

—Claro que no —contestó él—. Me acostumbré a hacer las cosas por mí mismo y te aseguro que para llegar a algo en la vida la seguridad en uno mismo es esencial.

Ella no dijo nada, pero estaba mirándolo muy seria, con los ojos azules llenos de incredulidad. Le habría gustado borrar esa expresión de su rostro, pero se recordó a sí mismo que lo que ella pensara sobre temas que no tenían que ver con el cuidado de Lucy no tenían relevancia alguna.

—Sí, claro.

Elliott suspiró, irritado. Sólo decía lo que creía que él esperaba oír porque, al fin y al cabo, ahora era empleada suya e iba a recibir un generoso salario.

—Y hablando del tema, ¿dónde demonios está Lucy?

—A veces tienen actividades extraescolares —sugirió Melissa.

—A veces, pero hoy no. Le dejé perfectamente claro que debía estar en casa a las cuatro para conocerte —dijo él, sacando el móvil del bolsillo mientras miraba el reloj. Melissa le oyó hablar con alguien, colgar y llamar a otro número. Debía haber llamado al colegio, luego a otra persona. Y ambos parecían haber confirmado que Lucy había salido del colegio a su hora.

—¿Dónde está? ¿Qué te han dicho?

—Donde debería estar es aquí —contestó él—. Dónde está... —Elliott empezó a pasear por la cocina, nervioso— nadie parece saberlo.

Capítulo 3

Cuarenta minutos después, Lenka apareció en el apartamento, muy agitada. Melissa se había sentado en uno de los sofás y, durante unos minutos, la chica no se percató de que Elliott no estaba solo. En ese tiempo, Melissa tuvo oportunidad de observar su interacción.

Lenka, que no debía tener más de dieciocho o diecinueve años, era una chica morena y delgada que hablaba con un fuerte acento polaco.

Y, a juzgar por su angustiada expresión, su jefe le daba mucho miedo. Melissa entendía por qué. Elliott Jay no hacía esfuerzo alguno para que los demás se sintieran cómodos. Y desde que Lenka entró por la puerta, estaba haciéndole preguntas, como una ametralladora.

¿Se relajaría alguna vez aquel hombre? ¿Se comportaría como un ser humano?

Cinco minutos después, cuando el papel de espectadora empezó a resultar insoportable, Melissa se aclaró la garganta para llamar su atención. Lenka la miró y el alivio en su rostro era patente.

—Cálmate, mujer, esto no es culpa tuya. A lo mejor Lenka quiere tomar un té o algo así. ¿Te importaría? —preguntó, mirando a Elliott.

—No, claro que no —contestó él, sin mirarla. Parecía estupefacto. Que alguien le diera órdenes en su propia casa seguramente era algo a lo que no estaba acostumbrado.

Pero la pobre Lenka se restregaba las manos, angustiada, y Melissa le preparó un té para calmarla.

—Son casi las seis —dijo Elliott, con voz de trueno—. ¿Tienes idea de dónde puede haber ido Lucy?

La chica se secó los ojos con un pañuelo mientras se lo pensaba un momento.

Aparentemente, Lucy no tenía amigos o, al menos, nunca había llevado a ninguno a casa. No solía quedarse en el colegio para

actividades extra—escolares, además del deporte, que era los viernes, de modo que no tenía ni idea de dónde podía estar.

—¡No sé dónde ha podido ir! —Lenka parecía completamente abrumada por la situación.

—¿Te ha hablado alguna vez de algún chico en especial? —preguntó Melissa.

—¡No digas ridiculeces! —exclamó Elliott—. ¿Un chico? ¡Pero si tiene catorce años!

—Suficientemente mayor, según tú, para volver sola a casa y hacerse la cena. Y si alguien es mayor para eso, es mayor para tener novio.

Suficientemente mayor como para intentar olvidar su soledad en los brazos de algún chico. Y el chico estaría encantado de ayudarla.

Había que ser realista sobre la desaparición de Lucy. Aunque no le gustaba la idea, Melissa sabía que muchas chicas mantenían relaciones sexuales a los catorce años.

Lenka, que miraba de uno a otro, estaba negando con la cabeza.

—No, chicos no. Nunca me ha hablado de chicos.

—En ese caso —Elliott se levantó para tomar el teléfono— será mejor llamar a la policía.

Melissa no se molestó en decirle que una adolescente desaparecida durante menos de dos horas no iba a hacer que la policía se pusiera en movimiento.

Sin embargo, y como era de esperar, Elliott empezó a gritar al pobre policía que contestó al teléfono. Luego se dedicó a pasear, gritando su furia a los cuatro vientos, gesticulando y retando a Melissa a contradecirlo.

Aunque la cosa no iba con ella, Lenka se encogió, como si quisiera desaparecer.

Melissa, por otro lado, se sentía inusualmente tranquila.

—Tengo una idea.

—¿Por qué has tenido que sugerir que hay un chico?

—Porque hay que poner los pies en el suelo. ¿Qué sabes tú de adolescentes, Elliott?

Era la primera vez que lo llamaba por su nombre y pronunciarlo hizo que se le encogiera el estómago. Irradiaba masculinidad mientras la miraba, furioso, con tal intensidad que Melissa se puso colorada.

Casi se le olvidó Lenka, que estaba a su lado con los ojos bajos, restregándose compulsivamente las manos.

—¿Qué tiene eso que ver?

—Las chicas de hoy no son las doncellas castas de antes…

—¿Quién ha dicho que antes hubiera doncellas castas? —la interrumpió Elliott, con una sonrisa burlona.

—Una chica sola, vulnerable, sería un objetivo muy fácil para cualquier chico… e incluso para cualquier hombre. Pero estoy segura de que Lucy le habría contado algo a Lenka.

Al oír su nombre, la joven levantó la cabeza y asintió vigorosamente.

—A mí no me ha dicho nada de un chico. Llega a casa y se mete en su habitación para hacer los deberes.

—Creo que deberíamos mirar en los cafés que estén cerca del colegio —sugirió Melissa—. A lo mejor ha entrado a tomar un refresco y se le ha pasado la hora.

—Muy bien, de acuerdo —suspiró Elliott, levantándose—. Lenka, puedes marcharte. El problema es que en la calle Gloucester hay un montón de cafés. ¡Maldita sea! Justo lo que necesitaba. Tener que buscar a una niña por todo Londres…

—¿Y el parque? A lo mejor está en el parque.

—¿Y cómo vamos a buscarla allí? ¿Qué sugieres, que llevemos dos altavoces y gritemos: «Lucy, sal de tu escondite, te la has cargado»?

Melissa tuvo que disimular una risita. Además, tenía razón. Buscar en el parque sería imposible, era demasiado grande. Pero se acercaron a una de las puertas, por si tenían suerte.

En aquella cálida tarde de junio, el parque estaba abarrotado de gente. Había grupos en la hierba, oficinistas que se habían quitado la chaqueta y chicas con la parte de arriba del biquini, disfrutando del sol, gente patinando… incluso montando a caballo.

Estaban en junio, pero ya empezaba a notarse la llegada del verano. Melissa estaba acostumbrada al tiempo más fresco del norte donde, incluso en los días más cálidos, soplaba la brisa.

Elliott seguía llevando el traje, pero se había quitado la chaqueta y subido las mangas de la camisa, dejando al descubierto unos antebrazos cubiertos de suave vello oscuro.

Se movía con pasos ágiles, rápidos. Nadie podría tomarlo por un

turista o un oficinista. Estaba claro lo que era: un hombre en busca de alguien, furioso por tener que hacerlo.

Sin saber dónde mirar, Melissa lo seguía hasta que él se volvió, airado.

—Esto no tiene sentido —murmuró, sacando el móvil del bolsillo. Marcó un número, pero colgó inmediatamente—. No contestan, de modo que no ha vuelto a casa.

—¿Lucy no tiene móvil?

—Sí, pero está apagado. De modo que tenemos que pasar al plan B: los cafés. Y si eso no funciona, iré a la comisaría y les obligaré personalmente a que la busquen por todo Londres.

Caminaron en silencio durante un rato hacia la calle Gloucester, cada uno perdido en sus pensamientos.

—¿A qué clase de café iría una cría de catorce años?

—Un café donde vaya gente de su edad, supongo.

El dejó escapar un suspiro.

—Buena forma de empezar un trabajo, ¿no crees? Deberías estar con mi hija, charlando civilizadamente y, en lugar de eso, estás buscándola por la calle.

—No me importa.

—Eres muy generosa. ¿Crees que habrá un chico, aunque Lenka diga que ella no sabe nada?

—No tengo ni idea —contestó Melissa.

—Supongo que piensas que yo tengo la culpa de todo.

—No...

—Que si no trabajara tantas horas y le hubiera prestado más atención a Lucy, esto no habría pasado.

—Supongo que la situación tampoco es fácil para ti —contestó ella—. Que aparezca de repente una hija en tu casa, una adolescente ni más ni menos, no puede ser fácil para nadie. E intentar buscar tiempo para ella cuando se trabaja todo el día... Por otro lado, el trabajo no es tan importante comparado con la familia. ¿Te has tomado un par de horas libres para estar con Lucy?

—Claro que sí —contestó él—. Pero los adolescentes son una especie poco comunicativa...

—Y te rendiste enseguida.

—Veo que, para ti, el trabajo es sólo algo que se hace si te queda tiempo después de largas cenas familiares cantando alrededor de un

piano. Para mí, es mucho más que eso. Es lo que me hace levantarme de la cama cada día.

—¿Por eso no te has casado? —Melissa se quedó asombrada de haber hecho aquella pregunta. El problema era que hacer preguntas personales era parte de su naturaleza. A pesar de aquellos fríos ojos azul cobalto. No era cotilla, sencillamente se interesaba por la vida de los demás. Aunque le sorprendía sentir curiosidad por un hombre como aquél, tan diferente, tan frío.

Elliott la miró, pensativo. No estaba intentando que le hiciera confidencias. No era como otras mujeres que habían intentado atravesar el cartel de «No pasar» para convertirlo en uno de esos «nuevos hombres» que desnudaban su alma y se enorgullecían de llorar a moco tendido.

Melissa estaba preguntando por interés y, por primera vez en mucho tiempo, Elliott no se puso automáticamente a la defensiva.

—Casarse y formar una familia requiere tiempo y tiempo es lo único que yo no tengo a mi disposición.

—¿Y nunca te has preguntado cómo sería?

Él rió, sorprendido por su sencilla forma de entender la vida.

—No, la verdad es que no. Puede que pienses que heredar una adolescente es difícil, pero me alegro de que no sea un bebé. No sé qué habría hecho en esa situación.

—Habrías cambiado —dijo ella. —¿En qué sentido? La conversación se detenía de vez en cuando para asomar la cabeza de café en café pero, por el momento, sin resultado. Elliott le había dicho cómo era Lucy: metro setenta, pelo oscuro, ojos azules, con ligero sobrepeso.

—Te habrías convertido en una persona que debe hacer frente a una responsabilidad. Si te hubieras encontrado de repente con un bebé, no habrías tenido alternativa. Puede que seas egoísta, pero un bebé te habría obligado a cambiar.

El la miró, perplejo.

—Ser egoísta no es lo mismo que disfrutar de lo que haces para ganarte la vida.

—Sí, supongo que es así. A veces.

Estaba empezando a atardecer. Elliott volvió a llamar a su casa, pero no hubo respuesta y cuando llamó al móvil de Lucy, seguía desconectado.

Era frustrante. Ir de un café a otro, mirando a todos aquellos chicos que tomaban refrescos mientras reían con sus amigos, sin encontrar a Lucy...

Y, sin embargo, de una manera extraña, también era... en fin, interesante.

Elliott se dio cuenta de que llevaba años sin caminar por las calles de Londres. Él jugaba al squash, nadaba, ocasionalmente usaba el gimnasio de su apartamento, pero caminar era algo del pasado. Además, no tenía tiempo.

Cuando asomó la cabeza en el último café, abarrotado de chicos jóvenes y gente con traje de chaqueta, por fin pudo respirar tranquilo.

—Está ahí.

—¿Dónde? —preguntó Melissa.

—Al fondo, leyendo un libro.

—Quizá deberíamos esperar unos minutos.

—¿Para qué?

—No sé, para que te calmes un poco...

—Estoy totalmente calmado. Además, no te pago para que hagas de psicóloga aficionada —replicó él—. Trabajas en un gimnasio y te he contratado para que me ayudes con mi hija.

El rostro humano había desaparecido. El hombre que no le caía bien había vuelto a aparecer, con aquella expresión que podía hacer que una persona se sintiera tan pequeña como una hormiga. Pero tenía razón. Trabajaba para él, nada más. Elliott Jay podía tolerar ciertos conatos de rebeldía, ciertas preguntas personales, pero era un hombre impaciente, acostumbrado a ser obedecido sin replicar.

En realidad, le sorprendía que se hubiera mostrado tan amistoso hasta aquel momento.

—Muy bien. Sólo había pensado...

—Yo me encargo de pensar. Si quisiera alguien con quien discutir, habría contratado a un investigador universitario. ¿Entramos?

Elliott no le dio tiempo a contestar. Entró en el café, dejando a Melissa en la acera, echando humo por las orejas. Cuando lo siguió, tuvo que abrirse paso entre la gente. Lucy estaba concentrada en el libro y daba la impresión de llevar horas así.

De hecho, no se había percatado de su presencia y Melissa tuvo

tiempo de observarla. Pelo largo, liso, sujeto en una coleta. Y, aunque era gordita, tenía las piernas delgadas.

—Creo que me debes una explicación —dijo Elliott, a modo de saludo.

Lucy levantó la mirada y se puso pálida. Era guapa. Tenía el rostro ovalado y los mismos ojos azules que su padre, la misma boca expresiva.

—¿No tenías que llegar a casa a las cuatro?

—Se me olvidó. Lo siento.

Elliott permaneció con las manos en los bolsillos y sólo la dureza de su expresión denotaba su furia.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir?

Lucy se encogió de hombros. Era uno de esos gestos de adolescente que sacan de quicio a los padres y Melissa tuvo que disimular una risita. Ella había sido una adolescente conformista, pero recordaba algún gesto que había sacado a su padre de sus casillas. Era el as en la manga para cualquier crío que quiere ser grosero sin decir una palabra.

Y estaba funcionando a las mil maravillas.

—Muy bien, señorita. Vamos a casa.

—¿A casa? Para irme a casa, necesitaría un avión.

El silencio con el que fue recibido ese comentario estaba lleno de tensión. Y fue entonces cuando Melissa decidió intervenir:

—Hola, soy Melissa.

Lucy la miró, sin interés.

—Ah, sí, la que va a quitarme varios kilos de encima —no apretó su mano, ni se levantó siquiera—. Además de caerle una hija del cielo, le ha caído una gorda que no puede mostrar en público.

—Éste no es el sitio adecuado para mantener esta conversación —replicó Elliott, intentando contener su rabia—. Toma tu mochila, Lucy. Nos vamos.

Durante unos segundos, Melissa pensó que la chica no iba a obedecer, pero luego guardó el libro en la mochila y se levantó, sin disimular su desgana.

Melissa se colocó a su lado mientras salían del café y empezó a preguntarle por el colegio. Lucy contestaba con monosílabos y, unos minutos después, se quedó callada, mirando a Elliott, que caminaba a grandes zancadas delante de ellas.

—Estaba preocupado —dijo Melissa.

Lucy soltó una risita amarga.

—¿Preocupado? No lo creo. Estaba molesto porque ha tenido que perder el tiempo buscándome.

Era la frase más larga que había dicho hasta el momento. Tenía una voz suave, con un agradable acento australiano.

—Los mayores se acostumbran a hacer las cosas a su manera. Y cuanto mayores son, más acostumbrados están, no hay forma de hacerlos cambiar.

Había pretendido que eso fuera una excusa, pero Lucy lo entendió en el peor sentido.

—Sí, claro, eso es lo que es: un viejo maniático.

—Bueno, no es viejo precisamente...

—No sé qué pudo ver mi madre en él. Debía ser tonta o ciega o... yo qué sé.

Siguieron caminando sin decir nada. Elliott debía creer que lo seguirían obedientemente porque no se volvió ni una sola vez. Estaba tan perdido en sus pensamientos como su hija.

Cuando llegaron al edificio, Melissa sugirió que debería irse a casa.

—Es mejor que habléis los dos solos.

La postura de Lucy parecía decir que le daba igual, pero había algo en sus ojos que la hizo sentir culpable. Y luego se preguntó por qué se sentía culpable si aquel drama no tenía nada que ver con ella.

Elliott, sin embargo, le dijo que su día de trabajo no había terminado y que le agradecería que siguiera adelante como si no hubiera pasado nada.

—¿Como si no hubiera pasado nada?

—Eso es. Puedo pedir algo de cena por teléfono.

Ni él ni su hija se miraban. Aquello no iba a ser agradable.

¿Por qué había aceptado aquel trabajo?, se preguntó. Ella no tenía por qué escuchar una discusión tan privada. Porque intervendría, no podría dejar de hacerlo. Y entonces se involucraría en aquel drama sin ninguna necesidad...

—Sólo subiré para dejar los libros que he traído... no puedo quedarme a cenar, tengo una cita.

—¿Una cita? —Elliott la miró con el ceño arrugado—. Me dijiste

que no salías con nadie.

—Por favor —intervino Lucy, sarcástica—. ¿Cómo te atreves a tener una vida privada que a él no le viene bien?

—Esto no te concierne, Lucy —replicó su padre.

Subieron en el ascensor en silencio y, cuando entraron en el apartamento, Melissa sacó los libros del bolso.

—Voy a dejar esto aquí...

—No hace falta —dijo Lucy, sin mirarla—. No necesito una niñera.

—Yo creo que sí. Si te escondes como una niña pequeña... —empezó a decir su padre.

—¡No estaba escondiéndome!

—¿No?

—¡No! ¿Dónde iba a esconderme? No me apetecía volver a casa y soportar una charla sobre la gordura, así que decidí quedarme leyendo un rato en el café. ¿Y qué? No pasa nada, no he hecho nada malo. ¡Así entenderás que no puedes obligarme a hacer algo que no quiero!

—Yo no te obligo a hacer nada, pero mientras estés en mi casa...

—¡Por favor! Estoy harta de esta discusión. No es culpa mía estar aquí. ¡Yo no quiero estar aquí! —gritó Lucy, dejándose caer sobre el sofá—. ¿Tú crees que yo quiero...? —la cría no pudo terminar la frase, intentando contener lágrimas de rabia.

—Siento que tengas que presenciar este lamentable espectáculo —dijo Elliott, dirigiéndose a Melissa.

—¿Por qué le pides disculpas a ella? —exclamó Lucy—. ¡Tú nunca te disculpas por nada! ¡Nunca!

—Lucy... —intentó intervenir Melissa.

—Soy yo la que debería disculparse. Debería pedirle perdón por arruinar su ajetreada vida, su trabajo... sus importantes reuniones... ¡y a su puñetera novia!

Capítulo 4

No tienes que hacer ejercicio si no quieres. No puedo obligarte. Por otro lado, me pagan para animarte... —Melissa había decidido que obligar a Lucy a hacer ejercicio iba a ser tarea imposible. Había llegado al apartamento a las cuatro para enfrentarse con una adolescente que apenas le dirigía la palabra.

Lucy, probablemente debido a las órdenes de Elliott, estaba haciendo precisamente lo contrario de lo que debería. En aquel momento, estaba sentada en el sofá con un refresco en una mano y el mando de la televisión en la otra, mirando un canal de música tras otro.

—¿Qué tal la comida en el colegio?

No hubo respuesta.

—¿Qué sueles tomar como desayuno? —insistió Melissa. Podría seguir haciendo preguntas hasta que las ranas criasen pelo y no recibiría respuesta. Lucy no le hacía ni caso. Pero una repentina inspiración le dijo que había un tema sobre el que seguro que la chica querría hablar—. Supongo que tu padre te manda al colegio con una tostada y un bol de cereales.

—No es mi padre. No lo llames así. Mi padre murió en un accidente de trafico hace seis meses.

Bingo.

—Muy bien, muy bien —asintió Melissa—. ¿Y cómo lo llamas tú?

—No lo llamo nada. De hecho, intento no hablar con él en absoluto.

—No te oigo con la música tan alta. ¿Qué has dicho?

Lucy apagó la televisión suspirando exageradamente.

—He dicho que no hablo con él.

—Debes hablarle alguna vez.

—¿Por qué? Él no tiene nada que decirme y yo tampoco. Además, nunca está aquí.

—Podríamos ir a dar una vuelta al parque. ¿Te apetece?

—Ah, se me había olvidado. Estás aquí para hacer de niñera y quitarme la grasa.

Melissa dejó escapar un suspiro. Iba a ser una lucha diaria con aquella chica. Y las desgraciadas circunstancias de su encuentro no iban a ponérselo más fácil. No tenía ni idea de lo que padre e hija se habían dicho la noche anterior, pero estaba segura de que no había sido nada agradable.

Tras la revelación sobre su prometida, Melissa había conseguido escapar del apartamento, dejándolos a los dos en medio del salón, mirándose como adversarios. Y, como esperaba, Elliott no estaba en casa cuando llegó al día siguiente. Ni Lenka.

—Muy bien, seamos sinceras, me han contratado para hacer un trabajo, pero la verdad es que después de conocerte, yo creo que estás bastante bien.

Una mentirijilla nunca le había hecho daño a nadie, pensó. La verdad era que Lucy comía para consolarse y eso era algo que habría que cambiar. Cuanto más gorda estuviera, menor sería su autoestima y mayor su deseo de comer. Estaba metida en un círculo vicioso.

—No tienes por qué mentir. Sé que he engordado mucho, casi ocho kilos desde que llegué aquí, pero...

—Y si tu padre cree que no estoy cumpliendo con mi obligación —siguió Melissa— me mataría. A veces da mucho miedo...

—Dímelo a mí —la interrumpió Lucy, con toda sinceridad, levantándose. Llevaba unos pantalones anchísimos y una camiseta corta—. Bueno, podemos ir al parque, pero no pienso correr ni nada parecido.

—Muy bien. A mí tampoco me gusta correr.

Cuando llegaron al parque, Melissa pensó que había hecho algún progreso. Ese progreso dependía de que no mencionara dieta alguna, ni productos buenos para la salud, ni deportes. En lugar de eso, le hizo preguntas sobre Elliott, para que Lucy se desahogara.

Después de pasear durante quince minutos, prácticamente habían repasado todos los defectos de Elliott Jay y Melissa estaba de acuerdo con todos: era arrogante, frío, insensible e impaciente con cualquiera que no cumpliera sus expectativas.

—Supongo que es porque dedica mucho tiempo a su trabajo —se aventuró a decir.

Media hora después, Lucy se había abierto lo suficiente como para contarle que odiaba el colegio. Y eso incluía a sus compañeros, el patio, la comida...

Pero al menos estaba hablando, pensó. Aunque la conversación era enteramente negativa.

—Pero me va a mandar a un internado de todas formas.

En cada queja había una comparación con su vida en Australia. No lo decía claramente, pero estaba bien claro.

—¿Cómo que te va a mandar a un internado?

—Le he oído hablar con ella. Esa asquerosa le dijo que era lo mejor, que era absurdo que intentara hacer de padre y que sería mejor para todos que me enviara a un internado.

—¿Esa asquerosa?

—Su prometida, Alison Thomas—Brown —contestó Lucy, haciendo una mueca—. Es una bruja.

Melissa intentó decir algo que la tranquilizase, pero no se le ocurrió. En la situación de aquella chica, tener un padre era mejor que no tener nada, pero si de verdad iba a enviarla a un internado...

Habían llegado a la puerta del edificio y Melissa se puso a charlar con el conserje—botánico, que le había llevado el libro prometido. Luego le contó que sus hijas estaban en la universidad y que su mujer trabajaba como limpiadora en un hospital. Por fin, Lucy carraspeó y Melissa se dio la vuelta, con una sonrisa en los labios.

—Perdona, siempre me pasa lo mismo. Me pongo a charlar y se me va el tiempo sin darme cuenta.

—Ya lo veo.

—Es que la gente me parece interesante. Siempre les pasa algo...

—A mí no me pasa nada —dijo Lucy—. Antes sí, pero ahora...

—¿Quieres que vayamos al cine mañana? Sé que es un día de diario, pero quizá a tu padre no le importe. Hay una película de Disney...

Sin saberlo, Melissa había encontrado un punte en común. Lucy adoraba las películas de Disney.

De modo que iba contenta mientras subían al apartamento, donde Elliott las estaba esperando.

Ninguna de las dos lo esperaba, sin embargo. ¿No era aquél el hombre que sólo tenía tiempo para el trabajo? ¿Qué hacía en casa a

las... seis y media? Y sin traje de chaqueta, de modo que debía llevar un rato allí.

Estaba sentado en el sofá, con una copa de vino blanco en una mano y el Financial Times en la otra.

Sudando después de un paseo de más de media hora, Melissa se sintió incómoda. Llevaba un pantalón de chándal y una camiseta blanca mucho más estrecha de lo normal. Ropa práctica, pero nada elegante y poco atractiva. Sobre todo, frente a aquel hombre elegante y peligrosamente sexy que la miraba de arriba abajo.

—¿Dónde estabais?

—Hemos ido a dar un paseo por el parque...

—¿Qué haces aquí? —la interrumpió Lucy—¿Has venido a comprobar si había vuelto a escaparme?

—No, quería saber qué tal iba tu primer día cor Melissa —contestó él, apretando los labios—. Y sólo esperaba una respuesta educada, no creo que sea mucho pedir.

—Hace un día precioso —intervino Melissa, al rescate—. Se está muy bien en el parque.

—No has dicho por qué has vuelto tan temprano —siguió Lucy, de brazos cruzados—. ¡Dos días seguidos, es increíble! ¿Los miembros del consejo de administración no sufrirán un ataque de nervios?

Elliott apretó los dientes.

—Creo que lo soportarán, aunque no te promete nada si decido volver a casa temprano mañana. A lo mejor hay que llamar a una ambulancia.

Sin saber si estaba de broma o no, Lucy no cambió de expresión.

—Yo tengo que hacer deberes.

—¿Qué tal si cenamos primero? —sugirió su padre—. Lenka suele hacer la cena, pero hoy está resfriada —le explicó a Melissa.

—¿Y hoy has hecho tú la cena?

Lucy, que se dirigía a su dormitorio, se dio la vuelta, sorprendida. Pero después pareció decidir que lo mejor era mostrar desinterés.

—¿Tú qué crees?

—Ah, perdón, los adolescentes pueden cuidar de sí mismos, se me olvidaba —dijo Melissa, irónica. Y sí, seguramente Lucy podría hacerse un plato de pasta, pero las cosas no deberían ser así—. De

todas formas, yo tengo que irme. Si no tengo nada más que hacer...

Elliott dejó el periódico sobre la mesa, estiró las piernas y cruzó las dos manos bajo la nuca, mirándola con aquella expresión tan desconcertante.

—He vuelto temprano para hablar contigo... antes de marcharte.

—Es demasiado pronto para hablar de progresos con Lucy —suspiró Melissa—. Aunque podría preparar una buena ensalada para esta noche mientras tú me interrogas.

—No pensaba interrogarte —replicó Elliott, irritado—. Había pensado hablar un momento, intercambiar impresiones —añadió, levantándose de un salto—. Pero lo de la ensalada suena bien.

A ella también le había sonado bien. Pero tener que hacer una ensalada soportando el escrutinio de aquel hombre empezaba a resultarle incómodo.

Demasiado tarde.

—Lenka hace la compra —dijo Elliott, abriendo un armario y mirando el contenido como si lo viera por primera vez en su vida—. Puedes usar lo que quieras.

Luego apartó un taburete, se sentó y procedió a quedarse mirándola, con los codos apoyados en la encimera.

—Podrías echarme una mano. Corta esto —dijo Melissa, sacando una cebolla de la nevera—. Sabes cortar, ¿no?

—Creo que me las arreglaré —sonrió él—. ¿Qué tal ha ido el paseo? He vuelto temprano a casa porque pensé que Lucy podría estar haciéndote la vida imposible... ¿por qué me has dado una cebolla? Me lloran los ojos.

—Supongo que habrás llorado más veces —bromeó Melissa.

—No que yo recuerde.

—¿Porque los hombres de verdad no lloran?

—Y otros no cortan cebollas. ¿De qué has hablado con Lucy?

—De cosas —contestó ella, cortando unos pimientos.

—¿Qué cosas?

—Cosas de adolescentes —suspiró Melissa, acercándose.

—¿Has venido a secarme las lágrimas? ¿A darme un besito para que se me pase?

Ella se puso como un tomate. No estaba acostumbrada a tontear con los hombres, pensó Elliott, y no era justo hacerle pasar un mal rato. Pero nunca había conocido a una mujer que se pusiera

colorada por una broma.

—No lo decía en serio.

—¡Ya lo sé!

—Supongo que tus clientes no tontean contigo...

—La mayoría de mis clientes son mujeres y no, no tontean conmigo. No es apropiado en estas circunstancias...

—¿Estas circunstancias?

¿Se estaba riendo de ella?

—Trabajo para ti.

—Lo sé —sonrió Elliott. No sabía por qué, pero le gustaba tomarle el pelo. De repente, había aparecido un diablillo dentro de él que le hacía encontrar muy divertida aquella situación.

—Y no quería que te sintieras incómoda. Aunque... tontear sólo es peligroso si se te va de las manos.

—Si se te va de las manos —repitió Melissa, nerviosa.

—Claro. Cualquier tonteo que lleve más allá del dormitorio es muy peligroso...

—¿Qué? —exclamó ella, horrorizada—. Yo no quería...

—Ya lo sé, ya lo sé —la tranquilizó Elliott.

No debería tomarle el pelo, pensó. Además, él tenía novia y había quedado con ella en una hora. Divertirse a costa de una chica poco experimentada era lamentable.

—Ya está cortada la cebolla. ¿Algo más?

—No, gracias. Voy a hacer una ensalada de pasta. Es muy nutritiva y llena bastante. Creo que lo importante es que Lucy coma cosas sanas y su metabolismo hará el resto. He notado que suele comer comida basura cuando está nerviosa o estresada. Todos lo hacemos, pero es un hábito que hay que romper.

Elliott la escuchaba en silencio. La primera impresión que le dio, aquel día en el gimnasio, fue que era una chica bajita y sin formas. No era cierto. Tenía formas. Muchas formas. Formas que no estaban de moda. Sus pechos eran demasiado grandes para una mujer de metro sesenta. Demasiado grandes... o no.

¿Por qué siempre llevaba ropa tan poco atractiva, para tapar sus curvas? Incluso la camiseta que llevaba era modesta, con el cuello redondo, tapando el ombligo; la clase de camiseta que no muestra más que lo absolutamente necesario.

—Tendrás que hablar de todo esto de las dietas con Lenka —dijo

Elliott, con un tono más seco del que pretendía. Le había sorprendido la dirección de sus pensamientos. Y la tensión que había causado en su entrepierna.

—¿Porque tú no estás interesado? —Melissa se volvió hacia él. El cambio de tono la había puesto de inmediato a la defensiva. Quizá se arrepentía de haber bromeado con ella y aquélla era su forma de recordarle cuál era su posición.

—Naturalmente, estoy interesado, pero, como ya te he dicho, no tengo tiempo para estas cosas.

—Lucy lo está pasando fatal. Siente que no puede hablar contigo...

—¡Claro que puede hablar conmigo!

—¿De qué?

—¿Cómo que de qué?

—Está sola y perdida...

—Tardará algún tiempo en acostumbrarse, es normal. ¿Qué planes tienes para mañana?

Melissa se preguntó si ir al cine con Lucy contaría con su aprobación.

—Tengo que conocer un poco mejor a tu hija antes de darle una charla sobre cómo debe comer o el ejercicio que debe hacer. Cuando la gente va a un gimnasio es porque quiere, pero Lucy... para ella sería un insulto que la obligase a hacer ejercicio.

—¿Por qué iba a verlo como un insulto?

—¿No lo verías tú así? Si alguien te apuntara a un gimnasio para que hicieras pesas, ¿qué pensarías?

—Me sentiría halagado.

—¿Ah, sí?

—Eso significaría que esa persona se preocupa por mí.

—Estás siendo obtuso a propósito.

—Sí, quizá tengas razón —dijo él por fin—. Pero aún no me has dicho cuáles son tus planes para mañana.

—¿Cuáles son los tuyos? No puedes echar toda la responsabilidad sobre mis hombros. Tú también tienes que hacer algo.

—¿Cómo que echar toda la responsabilidad sobre tus hombros?

Melissa decidió ignorar el tonito amenazante.

—Voy a llevar a Lucy al cine, si no te importa. Y creo que tú

deberías venir.

—¿Vais al cine?

—Tengo que ganarme su confianza. Y creo que sería buena idea que tú vinieras también.

—¿Quieres que deje todo y me vaya al cine?

—Eso es.

—Asombroso —dijo Elliott, sacudiendo la cabeza—. Yo no puedo tomarme tiempo libre cuando me da la gana. Así no se lleva un negocio.

—Yo creo que sería bueno para Lucy.

Aquel hombre era de otro planeta. Sí, a veces parecía humano, pero la mayoría del tiempo era como un alienígena.

El silencio se alargó tanto que Melissa estuvo a punto de dejar el tema. Pero entonces vio que Elliott asentía con la cabeza.

—Muy bien, iré.

—¿Vendrás? —repitió ella, incrédula—. ¿Y tu trabajo, ése que no puedes dejar? ¿Qué pasa con el mundo de los negocios, no se hundirá sin ti?

—¿Ahora te arrepientes de haberme metido en esto? —replicó Elliott. Tendría que cancelar un par de reuniones, pero daba igual. Lucy y él parecían haber llegado a un punto total de incomunicación. Una película, con Melissa al lado para relajar la tensión, era buena idea. Además... Elliott miró a Melissa con los ojos entornados y decidió pensar en otra cosa.

—¡En absoluto! Pero tienes que prometer que no te quejarás del trabajo que te estás perdiendo. No hay nada peor que alguien recordándote constantemente que te está haciendo un favor.

—¿Has considerado hacer carrera como funcionaría de prisiones? —le espetó Elliott entonces. Ella se volvió bruscamente hacia la cocina—. Era una broma, mujer, no quería insultarte.

—¡Ya lo sé!

—En esta ciudad hay que endurecerse un poco más.

—¿Qué quieres decir?

—No dejar que la gente te afecte tanto.

—¡Tú no me afectas!

—Porque —siguió él— Londres está lleno de lobos y una chica tan ingenua como tú podría acabar metiéndose en un lío.

Melissa se preguntó por qué la conversación, de repente, versaba

sobre ella.

—Muchas gracias, pero creo que puedo lidiar con los lobos.

—¿Ah, sí? ¿Tienes experiencia? ¿La has tenido en... Yorkshire?

—Sí, sé que hay gente por ahí que quiere aprovecharse de los demás. Y no soy tan pueblerina como crees.

Si hubieran seguido discutiendo, Melissa le habría explicado que ella no era una campesina, pero Elliott dejó de hablar. Se quedó mirándola especulativamente durante unos segundos y luego le preguntó qué película iban a ver.

—No sé. En cuanto termine de hacer la cena me iré a casa y miraré el periódico...

—No hay prisa. Puedes quedarte a cenar con Lucy. Yo no voy a estar —dijo él, mirando el reloj.

—¿Vas a algún sitio especial?

—Un restaurante muy caro en la plaza Sloane. ¿Te parece un sitio especial?

—Depende de con quién vayas —contestó ella—. Supongo que irás con tu prometida, así que será especial. Todo es especial cuando vas con alguien a quien quieres.

Elliott hizo una mueca.

—Si quieres sobrevivir en Londres, vas a tener que endurecerte un poquito más —bromeó Elliott. Luego se dirigió al dormitorio de Lucy para despedirse.

Melissa empezaba a entender qué pensaba de ella: la veía como una chica inexperta y simple a la que se podía dar órdenes y consejos a discreción.

Estaba a punto de decirle lo que pensaba de él cuando sonó el timbre y Elliott fue a abrir sin mirarla siquiera.

Desde donde estaba, limpiando la encimera de la cocina, lo vio sonreír mientras abría la puerta y su corazón dio un saltito. Tenía una sonrisa preciosa, le cambiaba la cara. Luego oyó una risa femenina y Alison Thomas—Brown, su prometida, prestigiosa abogada, entró en el apartamento, con su preciosa melena oscura y su traje de diseño.

Melissa jamás se había sentido tan pequeña, tan mal vestida y tan poco preparada. Aquella mujer era toda sofisticación. Alta, delgadísima, con el pelo liso y unos ojos oscuros que irradiaban inteligencia. Tuvo que levantar la cabeza para mirarla y la mano

que estrechó la suya era fría y con las uñas perfectamente arregladas.

—Elliott me ha hablado de ti. Espero que puedas hacer algo con Lucy. Para el pobre ha sido muy difícil tener que cuidar de una adolescente airada que no se deja manejar —dijo, volviéndose hacia su prometido—. Aunque todo el mundo necesita pasar por una situación imposible en su vida.

—No veo por qué —replicó él.

—La mayoría de la gente tiene que soportar más de una situación imposible a lo largo de su vida —opinó Melissa—. En realidad, mucha gente tiene que lidiar con situaciones imposibles cada día de su vida.

Alison rió amablemente mientras Elliott desaparecía para buscar su chaqueta. Luego se acercó a Melissa, con una expresión completamente distinta.

—Supongo que te habrás dado cuenta de lo imposible que es para Elliott tener a Lucy aquí. Qué bien huele, por cierto. ¿Estás haciendo la cena?

—Yo no diría que es imposible...

Alison estaba levantando la tapa de una cacerola e inspeccionando su contenido.

—¿Qué es?

—Pasta —suspiró Melissa.

—Seguro que a Lucy le encanta estar contigo —dijo Alison, mirando hacia el pasillo—. Pobre Lucy, me da pena, la verdad. Pero supongo que estarás de acuerdo en que debemos ser prácticos. Esa niña tiene que estar rodeada de gente, como cualquier chica de su edad, y Elliott y yo no tenemos tiempo para nada. Le he sugerido que quizá lo mejor sea mandarla a un internado.

—Yo no creo...

—No te pagan para dar opiniones —la interrumpió Alison—. Te pagan para que pongas a Lucy en forma. La imagen es fundamental para una adolescente.

—Sí, eso es verdad, pero...

—Yo que tú intentaría hacerle ver que un internado es la solución —volvió a interrumpirla la prometida de Elliott—. Seguro que una chica tan lista como tú encuentra alguna forma de hacerlo.

—Eso no depende de mí, no soy una intermediaria. Como tú

misma has dicho, estoy aquí para trabajar.

Alison no contestó. Se había apartado de la cacerola, por si acaso le caía un poco de salsa en el vestido de diseño, pensó Melissa.

—Pero estarás con Lucy todos los días y, tarde o temprano, Lucy empezará a contarte cosas. Yo he intentado hacerla salir de su caparazón, pero es muy poco comunicativa. Tú, por otro lado, seguramente estás más a su nivel que yo y se te dará mejor. Además, Elliott espera tu cooperación. Al fin y al cabo, es tu jefe.

Melissa, conteniéndose para no replicar al descarado insulto, tardó un momento en entender la velada amenaza. Antes de que pudiera abrir la boca para protestar, Alison siguió con su meliflua voz:

—Y, por tu propio bien, sugiero que te alejes de Elliott. Es un hombre tan carismático... no creo que sepa lo atractivo que es —dijo, riendo.

—No me había dado cuenta —replicó Melissa.

—Bueno, será la edad. Supongo que te gustan más los chicos jóvenes. Es normal.

Melissa estaba a punto de replicar cuando Elliott apareció en el salón. Sí, podría considerársele carismático, pensó. Y atractivo.

Lo que Alison había olvidado era que el carisma sólo funcionaba cuando uno quería hacerlo funcionar y su jefe no tenía intención de utilizarlo con ella. Y aunque lo hiciera, ella sería completamente inmune.

El atractivo físico y el dinero podrían funcionar con muchas mujeres, pero cuando fallaba todo lo demás, esas dos cosas eran tan útiles como una caja de cerillas en un incendio.

Capítulo 5

Nunca había estado en un cine que tuviera bar, con sillas y todo —comentó Lucy, tomando un sorbo de Coca—Cola—. Es muy gracioso.

—Tienes que venir a Yorkshire —sonrió Melissa—. Allí sigue estando el cine al que yo iba de pequeña. Las butacas son muy incómodas, pero todavía hay un señor que vende helados antes de que empiece la película. Debe tener como cien años.

Por el momento, había conseguido evitar decirle a Lucy que su padre iba a ir al cine con ellas. Además, estaba segura de que Elliott no iba a aparecer y, por mucho que Lucy creyera odiarlo, sabía que se llevaría una desilusión si no aparecía.

Pero no podía dejar de mirar hacia la puerta, nerviosa.

—¿Qué contestó cuando le dijiste que íbamos a venir al cine? ¿Se subió por las paredes? Seguro que sí. Seguro que quería que me pusieras en una cinta a correr para quitarme los kilos que me sobran...

—Lucy...

—Así sería una niña feliz y normal y él podría olvidarse de mí sin sentirse culpable.

—Tendremos que empezar con la dieta y la tabla de ejercicios —suspiró Melissa. Cada dos minutos miraba hacia la puerta del cine, pero seguramente Elliott había hablado con Alison y ella le había convencido para que no fuera.

La conversación con su prometida había estado dando vueltas en su cabeza durante todo el día. Ella no era una persona que le diera muchas vueltas a las cosas, pero el aviso de Alison Thomas—Brown no le pasó desapercibido.

No había podido defenderse siquiera, pensó, enfadada. Era comprensible que aquella mujer fuese abogado. Melissa sentía pena por cualquier testigo que tuviera que ser interrogado por ella. Aunque no hubiera cometido el delito, acabaría confesando por miedo.

En ese momento, lo vio.

Elliott acababa de llegar al cine. Había ido directamente desde el trabajo porque seguía llevando el traje de chaqueta, aunque tenía ésta colgada del hombro. Sus ojos se encontraron y a Melissa se le encogió el estómago.

Debía ser su carisma, se dijo a sí misma, sarcástica.

—Acaba de llega tu padre.

Lucy se quedó sin habla, observando a Elliott cruzar el vestíbulo del cine.

—¿Qué haces aquí?

—Veo que Melissa no te había dicho que iba a venir. Cierra la boca, Lucy, te van a entrar moscas.

Lucy cerró la boca y Melissa vio que se ponía colorada de rabia.

—No sabía si ibas a poder venir y no quería que se hiciera ilusiones...

—¿Hacerme ilusiones? ¡Qué risa! —replicó Lucy.

—Gracias, Lucy. Eso hace que me sienta muy cómodo.

—¿Qué esperabas? ¡No te he visto más que cinco minutos al día en estos seis meses!

—Ahora estoy aquí.

—¿Por qué?

Elliott suspiró pesadamente y decidió no contestar.

—He mirado los carteles de fuera y no hay ninguna película para menores de quince años...

—Por favor —lo interrumpió su hija—. Llevo viendo películas para mayores de dieciocho desde que tenía trece años. He visto películas con escenas de sexo y palabrotas...

—En realidad —la interrumpió Melissa, de nuevo al rescate— vamos a ver una película de Disney.

Elliott miró de una a otra. Estaba a punto de decir que no había salido de su despacho para ver una película de Disney, pero entonces se le ocurrió que no estaba tan mal. En realidad, había pasado muy poco tiempo con su hija desde que llegó a Londres... porque no sabía cómo conectar con ella, de modo que ir al cine era buena idea.

Cuando miró a Melissa y la vio sonreír sintió una emoción peligrosamente parecida a la felicidad, pero se lo guardó para sí mismo.

—Acabas de recordar que tienes una reunión, seguro.

Lucy y ella intercambiaron una mirada.

—¿Os habéis puesto en mi contra las dos?

—¿Cuándo fue la última vez que viste una película de Disney? —le espetó Lucy, siempre con el hacha de guerra en la mano, aunque su tono no era tan beligerante como otras veces—. Seguro que nunca has visto ninguna.

—Tienes razón, no veo películas de Disney, así que esto será algo nuevo para mí —contestó Elliott, mirando su reloj—. Tenemos quince minutos. ¿Alguien quiere comer algo?

Melissa no podía dejar de mirarlo de reojo mientras veían la película. Lucy había querido sentarse en la primera butaca y, en consecuencia, ella estaba al lado de Elliott, con un enorme cartón de palomitas en la mano. Él la rozaba con la mano de vez en cuando para tomar una palomita y su pulso se ponía por las nubes. Afortunadamente, ya había visto la película porque no era capaz de concentrarse.

Estaba deseando que terminara. Cada vez que intentaba apoyarse en el brazo de la butaca, rozaba el de Elliott y lo apartaba enseguida, nerviosa.

Y la culpa era de Alison. Hasta que habló con ella, no le pasaban esas cosas. Sí, ella sabía que Elliott era un hombre muy guapo, pero lo miraba como desde lejos. Ahora no podía dejar de recordar la advertencia de su prometida: «y, por tu propio bien, sugiero que te alejes de Elliott».

Fue un alivio cuando la película terminó y estaban en la calle, con mucho espacio para maniobrar.

Lucy estaba inusualmente callada y sólo cuando llegaron a casa descubrió por qué.

—¡No puedo creer que nunca hayas visto una película de Disney! —le espetó a su padre.

—En mi época no nos daban dinero para ir al cine. Los niños jugábamos en la calle con soldaditos de plomo o con el barro… y tampoco había televisión.

—¡Eso no es verdad!

—Bueno, de acuerdo, no soy tan mayor. Pero no iba al cine de pequeño. Eso no es tan raro.

Lucy no quería morder el anzuelo pero, al final, la curiosidad fue

más fuerte.

—¿Tus padres nunca te llevaban al cine?

—Mis padres vivían fuera del país. Llevaban una vida muy sofisticada, muy cosmopolita. Ir al cine con su hijo no entraba en sus planes. Pero ahora que he descubierto lo que me había perdido, tendré que comprar la colección entera de Disney.

Era una broma y, a menos que Melissa estuviera equivocada, había un ligero rictus sonriente en los labios de Lucy. No era mucho, pero...

Elliott les preguntó entonces si querían cenar en el restaurante de la esquina y Lucy rechazó la invitación sin pensárselo dos veces.

—Yo me voy a mi habitación.

—En ese caso, tendremos que cenar tú y yo solos —suspiró Elliott.

—Yo tengo que volver a casa —protestó Melissa, poniéndose colorada.

—¿Por qué?

—Porque tengo cosas que hacer.

—¿Qué cosas? —preguntó él, acercándose.

—¡Cosas!

—¿Cuándo vas a empezar con la tabla de ejercidos para Lucy?

El corazón de Melissa volvió a latir de forma normal. Trabajo. Quería cenar con ella para hablar le trabajo, seguramente para recordarle por qué le estaba pagando un considerable salario. Elliott Jay era un hombre cuya vida estaba dirigida por el dinero y, naturalmente, no querría tirarlo a la basura.

—Sólo han pasado un par de días...

—Cuéntamelo durante la cena —la interrumpió él, desabrochando su camisa.

Melissa lo miró, alarmada. Ahora que los botones estaban desabrochados, podía ver un duro y musculoso torso...

—¿Qué haces? —preguntó, tartamudeando.

Elliott la miró, divertido.

—¿Tú qué crees que hago?

Debería controlar ese deseo loco de ponerla colorada, pensó. Pero Melissa sólo lo miraba a la cara. ¿Tendría miedo de mirar hacia abajo?

—Voy a darme una ducha. Tardaré diez minutos.

—Si quieres, podemos encontrarnos en el restaurante —sugirió ella. Elliott se había quitado la camisa y tenía un físico magnífico, no exageradamente desarrollado, pero con músculos largos y bien definidos. Y unos pectorales muy masculinos.

—No seas boba. De hecho, ¿por qué no te duchas tú también? Hay dos cuartos de baño para invitados, puedes elegir el que quieras.

La idea de ducharse bajo el mismo techo que aquel hombre era suficiente para hacerla sentir sofocos. Se imaginaba a sí misma desnuda bajo la ducha, mientras Elliott estaba desnudo también...

—No, gracias. Voy a ver qué hace Lucy. Seguramente... tendrá hambre... ¿qué mejor momento para darle una charla sobre nutrición? Aunque los adolescentes comen cualquier cosa...

Había conseguido alejarse unos pasos, lo cual era bueno y malo. Por un lado, no estaba tan cerca. Por otro, ahora tenía una perspectiva mucho más amplia de aquel torso desnudo y sus ojos parecían clavados en él, a pesar de las órdenes que le daba su cerebro.

—Bueno, si cambias de opinión, Lucy te dirá dónde están las toallas.

Cuando se alejó, Melissa se quedó pegada al suelo durante unos segundos. Luego se dejó caer en el sofá. Respiraba agitadamente, como si hubiera echado una carrera. ¿Se habría dado cuenta Elliott de cómo la afectaba? Esperaba que no o se moriría de vergüenza.

Cuando logró calmarse, fue a hacerle una visita a Lucy, que estaba tirada sobre la cama, con un montón de libros en la mano.

—He decidido ponerme a dieta. Mira lo delgada que era antes —le dijo, señalando una fotografía que había sobre la cómoda. Era Lucy, más pequeña y más delgada, entre una señora rubia y un señor con gafas.

—¿Tus padres?

—Bueno, mi madre —suspiró la cría—. Es horrible que Brian no fuera mi padre de verdad. No entiendo por qué me mintió durante todos esos años.

—Supongo que, a veces, cuando uno no cuenta la verdad en el momento adecuado, luego es mucho más difícil.

—¿Dónde está él?

—Duchándose. Bueno... me ha pedido que vaya a cenar con él.

Creo que quiere exigirme que te ate a la bicicleta.

Se miraron, sonriendo.

—Seguro.

—Estabas muy delgadita —dijo Melissa, mirando la foto—. Qué suerte, yo siempre he querido tener ese tipo.

—¿Ah, sí?

—Ser bajita y pechugona no se lleva mucho, la verdad. No me puedo poner muchas cosas… En fin, me alegro de que hayas decidido ponerte a dieta, pero hablaremos de eso mañana. Tendrás que perder peso poco a poco o acabarás engordando en cuanto empieces a comer de forma normal.

—No, sólo tengo que dejar de comer bollos. Llevo seis meses comiendo bollos todos los días.

—Hablaremos mañana, te lo prometo. ¿Qué quieres cenar esta noche?

—Una ensalada, creo. Aggggg, qué asco. No soporto los tomates y, por favor, no me digas que son buenos para la salud. ¿Dónde va a llevarte a cenar? A algún restaurante barato, me imagino —siguió Lucy, sin tomar aliento—. Seguro que no se gasta mucho dinero con una empleada. Perdona, pero es verdad. Lleva a la bruja a unos restaurantes carísimos, pero, claro, es que intenta impresionarla.

Melissa no imaginaba a Elliott intentando impresionar a nadie. Y lo de «una empleada» le había dolido, aunque era verdad.

—Están prometidos, Lucy. Es normal que la lleve a restaurantes caros.

—Quieres decir que Alison no iría a ningún sitio que no lo fuera —replicó Lucy—. Ella es ese tipo de persona.

—¿Y cómo sabes tú qué tipo de persona es?

—Buena pregunta.

Ninguna de las dos había oído llegar a Elliott. Estaban demasiado enfrascadas en la conversación, de modo que su voz ronca hizo que Melissa se volviera, sobresaltada.

Tenía el pelo húmedo de la ducha y se había puesto unos pantalones de color crema, mocasines de ante y una camisa clara, que llevaba por encima del pantalón. El color claro de la ropa hacía que su piel pareciera más oscura, más exótica.

Lucy se encogió de hombros y volvió a mirar sus libros con gran concentración mientras su padre se despedía de ella.

El breve gesto de simpatía que Melissa había presenciado en el cine había desaparecido. Intentó imaginar tres meses en aquel ambiente, pero en lugar de desanimarse sintió cierta emoción.

Y aunque Elliott podía ser muy insoportable, también era una de las personas más interesantes que había conocido nunca. Quizá tenía que ver con la energía que emanaba. Melissa lo miró de arriba abajo y sintió cierto cosquilleo…

Para disimular, empezó a hablar del apartamento, haciéndole preguntas banales sobre la decoración, cuánto tiempo llevaba viviendo allí, si le gustaba Londres…

Mientras bajaban en el ascensor, consiguió no mirarlo a los ojos y cuando salieron dejó escapar un suspiro de alivio. Estar en un sitio cerrado, tan cerca, le daba palpitaciones.

—Supongo que querrás preguntarme qué planes tengo para Lucy —continuó, intentando llenar los silencios.

—Más tarde —murmuró Elliott, levantando la mano para parar un taxi.

—¿Dónde vamos? Pensé que íbamos al italiano de la esquina. Un sitio barato y alegre.

—Hay otros sitios baratos y alegres en Londres —contestó él, abriendo la puerta del taxi—. Un restaurante francés y alegre también estaría bien.

—¿Hay algún restaurante francés barato y alegre? Además, no voy vestida para ir a ningún sitio. ¿Y no le importará a tu prometida que lleves a otra mujer a cenar?

Él sonrió y Melissa hizo una mueca. ¿Por qué se comportaba como una quinceañera? Ella siempre se portaba de forma normal con los hombres del gimnasio. ¿Por qué aquél la ponía tan nerviosa?

—No le importará, te lo aseguro.

—Ésta es una cena de trabajo, pero algunas mujeres son muy celosas y yo no quiero… ser responsable de una situación desagradable entre Alison y tú…

—Alison no es celosa.

—Eso dices tú, pero…

—¿Pero qué? —preguntó Elliott.

—Pero las mujeres pueden ser muy celosas

—He notado que haces eso cuando te pones nerviosa.

—¿Qué hago?

—Esto —contestó Elliott, alargando la mano para apartar un mechón de pelo de su cara. Durante unos segundos, la sorpresa la dejó completamente inmóvil.

A él se le ocurrió entonces una locura. ¿Cómo reaccionaría si hiciera algo más que apartar un mechón de pelo de su frente? ¿Qué pasaría si la tocara?

—Podrías descubrir que tu prometida es más celosa de lo que piensas —murmuró Melissa.

—¿Y de dónde sacas esa idea?

El taxi acababa de detenerse frente a un restaurante muy chic, con terraza. Pero el alivio de salir del taxi duró poco porque Elliott retomó la conversación:

—Ibas a decirme por qué has llegado a la conclusión de que Alison es celosa y posesiva.

—No me gusta repetir conversaciones —murmuró ella, incómoda.

—Y a mí no me gusta que se lancen sospechas sobre alguien cuando no hay ninguna prueba.

—No estaba lanzando sospechas. Yo no veo nada malo en que una persona que está enamorada sea celosa.

Elliott pidió una botella de vino, sin dejar de mirarla a los ojos.

—¿Te pongo nerviosa? Es una pregunta tonta, sé que es así. Actúas como una gata asustada cuando estoy cerca, pero sé que no eres así normalmente. Samantha me dijo que solías dejarle las cosas bien claras a los clientes y que algunos... eran muy atrevidos.

—Sí, bueno, siempre hay alguien...

—Dime, ¿por qué te pongo nerviosa? ¿No te gusta trabajar para mí?

—Sí me gusta. Y en cuanto a tu prometida... me dijo que debería convencer a Lucy de que el internado era la mejor solución dadas las circunstancias y también que...

—¿Qué? —preguntó Elliott, probando el vino y asintiendo después para que el camarero lo sirviera.

—Que me alejara de ti. Que algunas mujeres te encontraban atractivo y que sería fácil que yo me convirtiera en una de ellas.

—¿Y lo sería?

Melissa tomó un sorbo de vino.

—No, en absoluto. Yo siempre he separado muy bien el trabajo de la vida privada. Además, tú no eres mi tipo.

—¿Tienes un tipo determinado de hombre? —preguntó Elliott, que lo estaba pasando bien. Hasta aquel momento, no se había percatado de lo rígida que era su vida. Y estar con aquella chica le resultaba muy interesante.

—Hay mucho donde elegir —murmuró Melissa, mirando la carta.

Él dejó escapar una especie de gruñido. Quería saber qué tipo de hombre le gustaba. Hablar de la comida era una interrupción tediosa.

Melissa llevaba el pelo sujeto en una coleta pero en aquel momento, sin mirarlo, se quitó la goma y Elliott se quedó sorprendido al ver aquellos rizos rubios cayendo sobre sus hombros. De repente, ya no parecía la vecinita de al lado.

Debía tener mil tonos de rubio, pensó, intentando prestar atención a lo que le estaba diciendo.

—Horrible, ¿verdad?

—¿Eh?

—Mi pelo. He visto que lo mirabas —contestó Melissa. Y, sin duda, estaba comparándolo con la melena lisa de Alison. No había duda de quién había ganado el concurso de pelo—. ¿Has decidido qué vas a tomar?

—Sí. Y, por cierto, tienes un pelo precioso. Me estabas hablando de tu tipo de hombre...

—Deberíamos hablar sobre Lucy. Me siento culpable por no haber empezado las clases de gimnasia y sé que me pagas precisamente para eso...

Mientras hablaba, Elliott no dejaba de mirar su pelo. Era precioso, muy sexy. Pidieron la cena y Melissa comió unas chuletas de cordero con un apetito sorprendente. No era normal ver comer así a una chica. Y eso le gustaba. Y le gustaba hablar con ella.

Además de describir sus planes para Lucy, le contó su pasado como niñera y algunas anécdotas que lo hicieron reír. Era simpática, y nada simple, de hecho tenía un gran sentido del humor.

—¿Por qué me miras con esa cara? —preguntó Melissa, cuando el camarero se llevó su plato—. Supongo que comerte hasta la

última miga no es lo que se suele hacer en un restaurante como éste, ¿no?

—A mí me parece muy bien.

—Estaban riquísimas. La verdad es que no puedo cocinar mucho en mi casa... mi cocina es diminuta.

—Es muy agradable ver a una mujer que no deja nada en el plato.

—Sí, pero luego se nota —sonrió ella, pensando en la alta y delgadísima Alison.

—¿Te ves gorda?

—¿No se ven gordas todas las mujeres?

Mientras cenaban, había tomado varias copas de vino... no recordaba cuántas, pero debían haber sido muchas porque la terraza empezaba a dar vueltas y cuando se levantó tuvo que agarrarse a la silla para mantener el equilibrio.

Elliott estaba a su lado antes de que pudiera volver a sentarse, tomándola por la cintura.

—Un resfriado repentino, supongo —le dijo al oído— ¿o es que has bebido demasiado?

Su aliento le hizo sentir un cosquilleo en el estómago.

—Ja, ja. Normalmente, no bebo. Pero ya estoy bien. Puedes soltarme. Prometo no avergonzarte cayéndome al suelo.

—Pocas cosas me avergüenzan —replicó él, sin soltarla, mientras sacaba unos billetes del bolsillo.

Melissa se quedó horrorizada al notar cómo respondía al contacto de las manos masculinas; sus pezones endurecidos, rozándose con la tela del sujetador.

—¿Dónde me llevas? —preguntó. Le pesaban los párpados y, suspirando, se apoyó en él mientras iban hacia la acera.

—¿Dónde quieres que te lleve?

Melissa se preguntó cómo un poco de vino podía haberla dejado en aquel estado semiinconsciente. Tenía que estarlo para disfrutar del contacto de Elliott Jay.

—Te llevo a casa. A tu casa.

—Pero no sabes dónde vivo.

—Yo lo sé todo —rió él—. Incluyendo dónde vives.

A Melissa le pesaban los ojos cada vez más y tuvo que cerrarlos... cuando los abrió por fin, vio las paredes de su portal.

Aunque no parecía estar moviéndose. Se dio cuenta entonces de que Elliott la estaba llevando en brazos por la escalera.

—¿Qué haces?

—Ah, por fin te has despertado.

—Déjame en el suelo. Vas a hacerte daño en la espalda.

—Eso podría tomármelo como un insulto a mi virilidad —replicó Elliott.

Pero no lo haría, pensó ella. Porque era absolutamente viril. Podía sentir la fuerza de sus bíceps y su duro cuello bajo las manos. A saber cómo había conseguido sus llaves. Probablemente las sacó del bolso cuando iban en el taxi... y ella estaba grogui.

Elliott consiguió meter la llave en la cerradura y abrir la puerta con el pie.

—¿Vives aquí? —exclamó, incrédulo.

Melissa bostezó.

—Maravilloso, ¿verdad? Es pequeñito y compacto.

—¿Dónde está tu cama?

—Es esa cosa con los cojines encima.

Elliott la dejó sobre la cama y miró alrededor con gesto de contrariedad. Melissa observaba su reacción con los ojos medio cerrados. El vino se le había subido a la cabeza y se sentía más viva y más atrevida que nunca.

—Bueno, te dejo. Tienes que quitarte la ropa y dormir un poco.

Melissa lo pensó un momento.

—¿Te importaría hacer café? —se oyó preguntar a sí misma. Después de un momento de vacilación, Elliott asintió con la cabeza y se dirigió a la diminuta cocina.

Estar tumbada con la ropa puesta le resultaba incómodo y, siguiendo un impulso loco, Melissa empezó a quitársela.

Estaba encendida, excitada. Una lánguida sensación voluptuosa la envolvió cuando lo oyó apagar la luz de la cocina...

Capítulo 6

Melissa vio que Elliott se paraba, atónito. Era como si su cerebro hubiera recibido una información que no podía procesar. Luego empezó a caminar hacia ella, despacio.

Melissa intentaba recuperar el sentido común, volver a ser ella misma, pero la parte que se había vuelto salvaje estaba ganando la batalla. Nunca había sentido un deseo así en toda su vida. Esa perversa parte suya la hacía estirarse en el sofá—cama y observarlo mientras se acercaba, con la taza de café en la mano.

—¿Qué demonios estás haciendo? —le preguntó, mirándola de arriba abajo.

—Tú has dicho que tenía que quitarme la ropa.

—Has bebido demasiado y es culpa mía. Debería haberlo evitado...

—¿Por qué? Eres mi jefe, no mi tutor. Y ya soy mayorcita —contestó ella despacio, para no enredarse con las palabras.

Elliott dejó la taza sobre la mesa y empezó a reunir su ropa, tirada en el suelo, mientras le preguntaba dónde tenía el pijama.

Estaba nervioso. Intentaba disimularlo, pero Melissa veía que lo estaba. Y eso le dio una sensación de poder.

Sin decir nada, Elliott buscó en los cajones, sacó una camiseta grande y, discretamente, se dio la vuelta.

Debería marcharse de allí, pensaba. Melissa había sido capaz de quitarse la ropa sólita y sólita sería capaz de ponerse una camiseta.

Pero cuando se volvió...

Ella seguía desnuda y sintió un deseo tan profundo que lo dejó inmóvil. Su pelo rizado, leonado, parecía mucho más claro bajo la luz de la lamparita y su cuerpo, tan suave como el satén.

—Vamos, incorpórate, voy a ponerte la camiseta. Y si no...

—¿Y si no? —Melissa obedientemente se sentó, pero no tomó la camiseta. En lugar de eso, apoyó las manos atrás para que sus pechos quedaran casi a la altura de su cara, una fruta deliciosa, tan tentadora...

Elliott contuvo una maldición mientras intentaba ponerle la camiseta, como si fuera una niña.

El roce de sus manos, su proximidad, eran como una descarga eléctrica. Melissa cerró los ojos y abrió los labios... y entonces sintió la boca del hombre sobre la suya, empujándola, buscándola con urgencia.

Elliott dejó la camiseta a un lado y, con manos frenéticas, Melissa empezó a desabrochar los botones de su camisa para acariciar su torso desnudo.

—Dios... esto es una locura —murmuró él. Pero estaba acariciando sus pechos, masajeándolos con las dos manos, acariciando las puntas con el pulgar.

—¡Sí, oh, sí! —la voz de Melissa sonaba rara a sus propios oídos, estrangulada, como si no fuera la suya. Lo empujó hacia el sofá, arqueándose mientras él empezaba a chupar uno de sus pezones, a morderlo, a lamerlo. Melissa se movía sensualmente sobre él, frotándose, y el roce de la tela de sus pantalones la excitaba aún más.

Cuando terminó con un pecho, Elliott empezó con el otro y luego metió la mano entre sus muslos. Melissa abrió las piernas, deseando las caricias de aquellos dedos expertos. Era la sensación más abrumadora que había experimentado nunca.

Gimió cuando por fin él la tocó allí, en su lugar más íntimo, frotándose rítmicamente, ofreciendo sus pechos y todo lo demás a su experta exploración.

Como una flor que hubiera brotado de repente, se sentía como nueva, su cuerpo abriéndose, despertando a la vida por primera vez. Melissa alargó la mano para tocarlo, buscando la erección que sentía como una barra de hierro bajo el pantalón, pero era demasiado tarde. Cuando él empezó a acariciar el hinchado capullo bajo el triángulo de rizos, Melissa llegó a la cúspide del placer, que pareció durar para siempre. Ella misma empujó la cabeza del hombre hacia sus pechos, mientras ola tras ola de placer la hacía vibrar.

El vino había desaparecido de sus venas cuando abrió los ojos y lo encontró mirándola.

—Creo que es hora de irme, ¿no? —murmuró Elliott, inseguro, aunque ya estaba levantándose.

De repente, a Melissa la habitación le pareció helada. La realidad acababa de aparecer ante sus ojos y no era nada agradable. De hecho, era una pesadilla. Cortada, se tapó con el edredón y vio cómo se abrochaba la camisa, sin mirarla.

¿Qué había pasado? ¿Qué la había hecho comportase de esa forma? Nunca había hecho nada parecido. Se veía a sí misma como una loca, echándose en los brazos del primer hombre disponible, un hombre para el que trabajaba, además, un hombre que jamás se había mostrado atraído por ella.

—Lo siento —consiguió decir.

—Déjalo —murmuró Elliott—. Debería ser yo quien pidiera disculpas. Habías bebido demasiado y me he aprovechado de la situación.

Melissa no dijo nada. Se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja, mirando al suelo, sin saber qué hacer.

Por fin, oyó el ruido de la puerta y cuando levantó la mirada, Elliott se había ido, dejándola sola, considerando lo que acababa de hacer.

Y sus opciones.

Eran muy simples. Podía seguir trabajando para él, con su presencia recordándole diariamente lo que acababa de pasar. O marcharse. Nunca antes lo había visto en el gimnasio y seguramente no coincidirían nunca. De ese modo no habría confrontaciones desagradables.

Y Lucy... Bueno, Lucy seguramente se sentiría aliviada. Podría hacer lo que quisiera sin la vigilancia de una persona contratada por su padre.

Alison le había advertido que no se fijara en Elliott como hombre... Entonces se había reído de la advertencia, pero ahora...

Por fin, después de dar muchas vueltas en el sofá—cama, se quedó dormida, pero despertó al amanecer. Durante unos segundos no recordó nada... y luego aparecieron los recuerdos de la noche anterior para amargarla.

Pero había tomado una decisión y, antes de vestirse, se dispuso a escribir una carta de dimisión.

Luego fue a trabajar al gimnasio, como siempre.

Si alguien había notado algún cambio en ella, nadie comentó nada y, al final del día, supuso que los amargos pensamientos que

daban vueltas en su cabeza no se reflejaban en su rostro.

No sabía a qué hora llegaría Elliott al apartamento y, en cuanto se marchó su último cliente del día, fue al despacho de Samantha. Afortunadamente, la directora del gimnasio no estaba allí para hacer preguntas y su secretaria estaba acostumbrada a que comprobase datos de algún cliente, de modo que no le extrañó que sacara la carpeta de Elliott Jay y anotase la dirección de su oficina.

Pero cuando estaba delante del imponente edificio se le ocurrió que quizá no estaría en su despacho. Y si estaba, seguramente tendría una reunión importante.

Pero no podía esperar. No podía hablar con Elliott en el apartamento porque corría el riesgo de que Lucy escuchara la conversación.

De modo que entró en el impresionante vestíbulo de mármol. A aquella hora, estaba relativamente tranquilo, pero la recepcionista, después de mirarla de arriba abajo, le dijo que nadie podía ver al señor Jay sin cita previa.

La carta de dimisión estaba haciendo un agujero en su bolso.

—No me iré hasta que vea al señor Jay —replicó Melissa.

—El señor Jay es un hombre muy ocupado, señorita —insistió la recepcionista, aparentemente decidida a que ningún mortal accediera al santuario del jefe.

—Ya me lo imagino, pero... —Melissa bajó la voz, con tono conspirador— creo que se enfadaría mucho si supiera que me ha pedido que me vaya. Se enfadaría muchísimo.

La mujer vaciló durante un par de segundos.

—Supongo que su visita es de carácter privado.

—Muy privado —confirmó Melissa.

—Espere un momento.

No quería hacerlo, pero el miedo a incurrir en la furia de Elliott Jay hizo que la recepcionista marcara una extensión. Habló un momento en voz baja y luego se volvió hacia Melissa.

—El señor Jay está en una reunión, pero su secretaria ha dado permiso para que lo espere en la antesala de su despacho. Está en la cuarta planta.

—Muchas gracias.

—Su secretaria la espera en el ascensor. Comprenderá que, en un sitio como éste, no se permite a cualquiera que pasee por el

edificio a su antojo.

Melissa casi sonrió al pensar que aquella chica la veía como una posible amenaza. Entre toda aquella gente con traje de chaqueta, su faldita azul y sus sandalias no le daban un aspecto precisamente amenazante.

—Entiendo. ¿La cuarta planta?

—La señorita Watkins la espera allí.

Había dos personas en el ascensor. Ninguna de ellas le dirigió la palabra, tampoco se miraron entre ellos. Melissa intentó contener su nerviosismo mientras salía para enfrentarse con la señorita Watkins, que también llevaba un traje de chaqueta y debía tener unos cincuenta años. Y sonreía sin mostrar curiosidad. Aunque debía sentirla, pensó Melissa. Después de todo, ¿quién podía ser aquella chica de la faldita azul y las sandalias que quería ver al gran Elliott Jay por un asunto personal?

—No he podido interrumpir al señor Jay porque está en una reunión —le confió la mujer, mientras la llevaba a la antesala del despacho—. Pero terminará dentro de media hora. ¿Quiere una taza de café mientras espera?

—No, muchas gracias —contestó Melissa, recordando amargamente su comportamiento de la noche anterior. Era imperdonable.

—Estaré ahí fuera por si me necesita.

Cuando la secretaria desapareció, Melissa miró alrededor con interés. Estaba en una especie de sala de espera que parecía haber sido decorada por un profesional, con sofás de piel beige, cuadros con bocetos de Londres y una mesa de café de una madera que parecía carísima. No había fotografías, ni plantas. La gente que se sentaba allí lo hacía para discutir asuntos importantes. No debían distraerse con nada.

Y la puerta cerrada que tenía enfrente debía ser el despacho de Elliott. A través de una pared de cristal opaco podía ver un enorme escritorio, un ordenador, teléfonos, papeles...

Cuando se volvió para sentarse en el sofá, vio a Elliott. Estaba en la puerta, mirándola con una expresión indescifrable. Melissa había preparado aquella reunión al detalle, pero al tenerlo delante perdió el valor.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a traerte esto —contestó ella, buscando algo en el bolso.

—¿Qué es?

—Léelo.

Elliott tomó el sobre y se dejó caer en uno de los sofás para leer la carta.

—¿Por qué crees que, en estas circunstancias, la situación es insostenible?

—No he venido aquí para robarte tu tiempo con largas explicaciones...

—Bueno, supongo que soy yo quien decide si mi tiempo es valioso o no. Y ahora mismo estoy muy interesado en saber cuál es tu explicación. Lo que ocurrió anoche fue un error, desde luego, pero esas cosas pasan y no hay razón para que esto afecte a nuestro contrato.

—Y yo no creo que una disculpa sea suficiente —replicó Melissa, colorada hasta la raíz del pelo—. Me comporté de una forma abominable...

—Bebiste demasiado y se te subió a la cabeza, eso es todo. Yo debería haberme controlado —suspiró él.

Sabía perfectamente que nunca en su vida había perdido el control de esa manera. En una vida con parámetros bien definidos en la que jamás se le escapaba nada de las manos, lo que ocurrió la noche anterior le había dejado un amargo sabor de boca. No había pensado en Alison ni por un momento. Ni un solo momento. Y eso decía muchas cosas sobre su relación. Aunque sentía un gran aprecio por Alison, casarse con ella estaba fuera de la cuestión.

Pero rompería con ella más tarde. En aquel momento estaba demasiado disgustado consigo mismo como para pensar en otra cosa.

—De todas formas, sería muy incomodo para mí —insistió Melissa—. No creo que podamos seguir teniendo una relación profesional...

—¿Por que? ¿Porque crees que sentirás la tentación de lanzarte sobre mí otra vez?

Ella abrió la boca, atónita. ¿Quién creía que era? ¿El dios del sexo? ¿Imaginaba que lo había deseado desde el principio, que se había contenido hasta que no pudo más?

Aunque podría ser verdad.

—Tu silencio es revelador.

Melissa cerró la boca.

—Me asombra que puedas pensar eso. La verdad es que no estoy acostumbrada a beber y... eso fue lo que pasó, nada más.

—En otras palabras, ¿podría haber sido cualquiera?

«No», pensó ella.

—¿Quién sabe? —dijo, sin embargo.

—En ese caso, sugiero que tengas cuidado con el alcohol o podrías encontrarte en una situación muy incómoda —replicó Elliott, apretando los labios.

Él no era fatuo. Desde luego, no pasaba horas delante del espejo, ni llevaba un peine en el bolsillo para atusarse el pelo entre reunión y reunión. Pero sabía que las mujeres lo encontraban atractivo. La implicación de que, simplemente, había estado en el sitio adecuado en el momento preciso, lo molestó.

—Seamos lógicos. Yo creo que estás haciendo un buen trabajo con Lucy. Eres una compañera para ella, mucho más que Lenka, y podrías ayudarla mucho en este momento. Y, a juzgar por lo que vi en tu casa, te viene bien el dinero.

—Ése no es el asunto...

—No, no es el asunto, pero esas son cosas que tienes a tu favor. Crees que no podemos mantener una relación profesional después de lo que pasó anoche, pero yo estoy seguro de que sí —la interrumpió Elliott. Melissa seguía sin mirarlo a los ojos y él tuvo que esconder una sonrisa. No tenía mucha experiencia, estaba claro. Y eso, no sabía por qué, le daba cierto placer.

—No creo que debamos hablar del tema...

—Pero yo creo que sí. No tiene sentido castigarte a ti misma por un delito que no has cometido. Los dos sabemos que fue un error. Yo no soy tu tipo de hombre ni tú eres mi tipo de mujer, pero a veces pasan estas cosas. Te prometo que cuando salgas de este despacho, no volveré a mencionar el tema. Como si no hubiera pasado.

Pero había pasado, pensó Melissa. Y seguiría pasando en su cabeza. ¿Qué le ocurría? ¿Por qué no podía reírse del asunto?

—No es el fin del mundo —insistió Elliott, interrumpiendo sus pensamientos—. ¿Nunca has hecho nada que hayas lamentado

después?

—¿Qué quieres decir?

—¿Nunca te has acostado con alguien sólo por hacerlo?

—¡No! —exclamó ella—. El sexo con un extraño no es bueno...

—¿No crees que tiene ciertos beneficios?

—A lo mejor para otras personas, pero no para mí —dijo ella, levantándose—. Muy bien. Seguiré trabajando para ti porque, como tú mismo has dicho, creo que Lucy y yo estamos empezando a entendernos y eso es bueno para la niña. Además, necesito el dinero, es verdad. O, más bien, el dinero extra. Pero tienes que darme tu palabra de que no vas a mencionar esto nunca más.

—Ya te he dado mi palabra.

«Por el momento», pensó Elliott. A su debido tiempo, el asunto del sexo volvería a salir porque había despertado su curiosidad.

—Sí, muy bien.

—Te habrás ido cuando vuelva a casa esta noche. ¿Qué piensas hacer hoy con Lucy?

Ya estaba pensando en lo que iba a hacer después de hablar con ella. Seguramente, quedar con Alison, pensó Melissa.

—No sé cómo decir esto...

—¿Decir qué?

—Sé que hemos hecho un pacto de no volver a hablar del asunto... Pero preferiría que no le dijeras nada a Alison. Anoche olvidé que eras un hombre comprometido...

—No pensaba hacerlo —contestó él.

Lo que Melissa no sabía era que Alison dejaría de ser su prometida esa misma noche.

Ella lo miró, angustiada. Aquella chica tenía los sentimientos escritos en la cara. Era como si no se hubiera endurecido, como si no hubiera aprendido a poner una cara para los demás, como las mujeres con las que él solía salir.

—Créeme, entiendo que tengas tus reservas sobre esto.

—¿Lo entiendes?

Estaban muy cerca y Melissa empezaba a acalorarse. Todo en él era tan vivamente masculino que hasta el olor de su colonia la mareaba.

—Sí —dijo Elliott—. Pero no debes preocuparte. Como si no hubiera pasado nada.

—Muy bien.

—Entonces, ¿nos entendemos?

—Creo que sí —dijo ella, nerviosa. Lo único que quería en aquel momento era escapar de allí. Estuvo a punto de decirle que había cambiado de opinión, que había decidido que no podía trabajar para él, pero eso habría sido patético.

—No tienes por qué evitarme.

—No voy a esconderme cuanto tú llegues a casa.

Pero tendría que resistir la tentación de hacerlo, pensó. Sintiendo lo que sentía cada vez que se acercaba, la opción de esconderse era casi irresistible.

—Me alegra oírlo —bromeó él, mirándola a los ojos—. Admito que no llegaré a casa a las seis todos los días, pero quiero que me des un informe semanal de los progresos de Lucy.

Melissa se relajó un poco.

—Por supuesto.

—Creo que los viernes serían un buen día para ello, ¿no te parece?

—Sí, me parece bien.

—Si tienes algún problema, si has quedado con alguien, sólo tienes que decírmelo. Sé que las chicas de tu edad suelen irse de fiesta los fines de semana...

—Si me dices hasta qué hora quieres que me quede, no habrá ningún problema. Pero pensé que no podías dejar de trabajar.

—Admito que, hasta ahora, no he tenido mucho tiempo para Lucy —suspiró Elliott—. He hecho todo lo que creía que debía hacer: llevarla a un buen colegio, contratar una asistente personal para que compre la ropa que quiera, darle todo lo que me pedía... pero no he pedido pasar mucho tiempo con ella.

Alison no había ayudado nada, además. ¿Se habría sentido amenazada por la repentina presencia de una hija adolescente? No lo había pensado hasta aquel momento, pero parecía lo más lógico.

—Los adolescentes necesitan tiempo y paciencia.

—El viernes estaré en casa a las seis —dijo Elliott entonces—. Podemos ir a cenar juntos, los tres. Y luego puedes contarme cómo ha ido la semana.

—¿Cenar? —repitió Melissa, recordando la cena que había provocado aquella entrevista.

—A menos que tengas otros planes para el viernes…

—Yo… —a Melissa le parecía un poco anormal admitir que se pasaba los viernes por la noche en casa. No llevaba en Londres el tiempo suficiente como para haber hecho amigos, pero solía salir con algunas compañeras del gimnasio los sábados—. A veces salgo los viernes, pero durante estos meses podría dejar de hacerlo.

—¿Y qué haces cuando sales?

—Voy a una discoteca. Es lo que hace la gente joven.

—Al contrario que los dinosaurios como yo, ¿no? —sonrió Elliott.

—Seguro que tú vas a otro tipo de discoteca.

—Es posible. Tendremos que comparar notas un día de éstos.

«Le encantaría volver a tocarla».

Ese pensamiento apareció de repente. Tocarla lentamente, despacio, sin disimulos. Sin alcohol. No era su tipo, pero sería el hombre adecuado, seguro.

Capítulo 7

Elliott miraba la pantalla de su ordenador, golpeando impacientemente la mesa con el bolígrafo. No estaba acostumbrado a aquello, a sentirse a merced de sentimientos que no podía identificar. Era como si le picara algo que no podía rascarse. Y llevaba así seis semanas.

Él siempre había sido capaz de tener una vida privada sin involucrarla con la vida profesional. Disfrutaba de las mujeres, pero tuviera o no una relación, eso nunca le impedía concentrarse en el trabajo y en la tarea, emocionante y agotadora, de ganar una fortuna. De hecho, ni siquiera tenía que hacer una fortuna porque ya era millonario. Sencillamente, iba a trabajar porque era un reto. Podía tener una noche de pasión y salir de su apartamento a la mañana siguiente con la cabeza clara.

Pero ahora no. Ya no.

Suspirando, se levantó del sillón y miró por la ventana. Hacía un precioso día de verano y se le ocurrió una idea que le pareció magnifica: visitar a Melissa en el gimnasio.

Melissa no sabía quién la estaba esperando otro lado de la puerta cuando terminó su sesión de fisioterapia con Adam Beck, que también trabajaba en el gimnasio como entrenador, pero al abrir se encontró con Elliott. Llevaba la chaqueta colgada al hombro, las mangas de la camisa subidas hasta el codo.

Se quedó helada. Además de verse los viernes, como habían quedado, a Elliott le había dado por aparecer en el apartamento de repente, antes de que ella se hubiera ido. Y Melissa intentaba disimular su nerviosismo cada vez que aparecía. Afortunadamente, había cumplido su palabra y jamás volvió a mencionar el incidente en su apartamento.

No era culpa suya que no pudiera estar relajada cuando él estaba presente. O que los recuerdos de aquella noche la mantuvieran despierta o que su imaginación volara locamente cada vez que la miraba, que lo imaginase tocándola no sólo con las

manos...

No, no era culpa suya. Y ése era su secreto.

Pero ahora Elliott estaba mirando a Adam, su compañero de trabajo, más o menos de su misma edad y con el que Melissa tenía una excelente relación, con cara de pocos amigos.

—Trabajamos juntos —explicó tontamente.

—Ya veo —contestó él, muy serio. No se molestó en ofrecerle su mano, todo lo contrario, se la guardó ostentosamente en el bolsillo del pantalón.

—¿Qué haces aquí a estas horas? ¿Ha pasado algo? —preguntó Melissa.

—Oye, me voy —dijo Adam, incómodo.

—Hasta el sábado. Nos vemos en el 31, ¿de acuerdo?

—Muy bien.

Cuando Adam desapareció, Elliott siguió mirándola sin decir nada.

—Bueno, dime, ¿qué ha pasado?

—¿He interrumpido algo?

—No, es un cliente. Es compañero mío, pero tiene un problema de espalda y le doy masajes terapéuticos —contestó ella—. Es parte del contrato, ¿recuerdas? Por la mañana, sigo trabajando en el gimnasio como antes...

—Lo recuerdo muy bien —dijo él, pasándose una mano por el pelo.

¿Qué le pasaba a aquel hombre? Era absurdo pensarlo, pero Melissa casi podría creer que estaba celoso.

—Tengo que hacerte una proposición. ¿Podemos comer juntos?

—Sí, pero tengo otro cliente a las dos y la clase de los mayores a las tres.

Elliott no podía ir al gimnasio así como así, sin avisar, interrumpirla en su trabajo y llevarla a comer cuando le diera la gana.

—¿Esos mayores son más o menos de mi edad?

—¿Tienes más de sesenta años? —bromeó Melissa.

—¿Sólo les das clases tú o lo hacéis entre todos? No puedo imaginarme a ese cachas que acaba de salir haciendo flexiones con un anciano...

Melissa se percató del desdén que había en su voz y no la

sorprendió.

—El trabajo de Adam requiere mucha dedicación —dijo, a la defensiva—. Es agotador.

—¿Por eso el cerebro de los entrenadores suele ser tan pequeño? Dedican tanto tiempo a sus bíceps que se les encoge el cerebro por falta de actividad.

Ella intentó contenerse.

—No todo el mundo se dedica a levantar imperios.

—No muchos pueden hacerlo.

Bajaron al bar, que a la hora de comer estaba lleno de gente, sin decir una palabra más y Melissa eligió una sencilla ensalada de pasta. Aunque Elliott no habría dicho nada si hubiera llenado su plato con carbohidratos. La verdad era que Lucy estaba perdiendo peso y recuperando su autoestima. Había dejado de quejarse del colegio e incluso había hecho algunas amigas, además de apuntarse al equipo de baloncesto.

—Tenías que hacerme una proposición.

—He decidido que unas vacaciones con Lucy podrían estar bien. ¿Qué te parece?

—¿Quieres irte de vacaciones con tu hija? ¿Y dónde piensas ir?

—Tengo una casa en las Antillas.

—¿Tu prometida irá con vosotros? —preguntó Melissa entonces, sin mirarlo. Hacía semanas que no veía a Alison y empezaba a preguntarse qué había sido de ella—. No sé si a Lucy le gustaría ir de vacaciones con Alison.

—No tendrá que hacerlo. Alison y yo ya no estamos prometidos.

Melissa lo miró, sorprendida.

—No me lo habías dicho.

—¿Tenía que hacerlo?

Elliott no era un hombre que diera explicaciones y, naturalmente, no se le habría ocurrido contarle nada, aunque aquello afectase a su hija.

—Creo que Lucy estaría interesada en saberlo.

—¿Y por qué iba a estarlo?

—Porque es parte de tu vida. Todo lo que tú hagas le afecta de una forma u otra.

Él, por fin, asintió con la cabeza.

—Quizá tengas razón.

—La verdad es que tenía miedo de que la enviaras a un internado y sabía que Alison estaba de acuerdo con esa idea...

—¿Y por qué no me ha dicho nada?

—Imagino que porque no quería sacar el tema. Es una niña y, como todos los niños, decidió esconder la cabeza en la arena.

—Si tú lo sabías, deberías habérmelo contado. Ése era el objetivo de nuestras reuniones de los viernes, que pudieras contarme lo que estaba pasando.

—Pero te he contado las cosas más importantes.

—¿Y el resto debería haberlo adivinado yo solo, con mis poderes mentales?

Melissa apretó los labios, cerrándose como una lapa. Eso ocurría muchas veces y era como estar frente a una pared. Elliott intentaba persuadirla para que hablasen de otros temas, para charlar de banalidades, pero ella se cerraba en banda.

—No estás comiendo nada. Y no tenías que tomar una ensalada sólo para impresionarme.

—No he pedido una ensalada para impresionarte —replicó Melissa, exasperada.

—La verdad es que estás haciendo maravillas con Lucy. ¿Qué dieta sigue?

—En realidad, no está a dieta. Lucy es alta y, como ha dejado de comer comida basura, está recuperando su forma habitual.

—Me alegro mucho.

—Y tú estás mostrando más interés por ella, eso es muy importante. Le preguntas por el colegio, la ayudas con sus estudios. El otro día me dijo que la habías ayudado con los deberes de física.

—Es mi obligación, ¿no?

Melissa asintió con la cabeza.

—Sé que no debería decir esto, pero Lucy estará encantada cuando sepa que has roto tu compromiso con Alison. Me parece que no le caía demasiado bien.

—Lo sé.

—Pensé que estabais hechos el uno para el otro. ¿Qué ha pasado?

—No ha pasado nada —contestó Elliott—. Supongo que habrás tenido alguna relación que haya fracasado.

—Sí, bueno... pero supongo que tú estás disgustado.

—No demasiado. A veces las cosas no van como uno quiere, pero hay que seguir adelante.

—Qué sencillo, ¿no? Debe ser fantástico tomarse así la vida —murmuró Melissa, recordando su encuentro nocturno. No había podido dejar de pensar en ello.

—¿Quién quiere complicaciones?

—¿Te refieres a complicaciones como las emociones, por ejemplo?

—Llámalo como quieras. Tomemos una situación hipotética: que tú me deseas y yo te deseo a ti. ¿No sería más fácil explorar ese interés directamente, en lugar de andar preguntándose qué siente uno por el otro?

Melissa se puso colorada. Elliott estaba jugando con las palabras. Le divertía hacérselo pasar mal. Seguramente porque su falta de sofisticación le parecía una novedad.

—¿Cómo voy a imaginar eso cuando los dos sabemos que ni yo soy tu tipo ni tú eres el mío? —intentó bromear, aunque su pulso estaba acelerado.

—¿Quién está hablando de tipos? En esta situación hipotética, hablamos de sexo, pura y simplemente.

—El sexo nunca es simple —contestó ella, apartando la mirada.

—¿Nunca? Ahí te equivocas. El sexo puede ser muy simple, pero nunca debería ser aburrido. En fin, dejemos el tema —sonrió Elliott—. ¿Quieres un café antes de que siga contándote el resto de mi proposición?

—Sí... gracias.

Cuando desapareció, Melissa tuvo que cerrar los ojos. No podía dejar que la afectase de esa forma; era su jefe y habían tenido un desliz, nada más. Tenía que olvidarlo como fuera. Para cuando lo vio llegar con una bandeja en la mano, había conseguido calmarse un poco.

—Ibas a hablarme de una proposición. Supongo que, si te vas de vacaciones con Lucy, no tendré que completar el resto de mi contrato.

La idea de no volver a tener contacto con él le resultaba insoportable. Aunque debía recordar lo más importante: que le habría dejado una buena cantidad de dinero en su cuenta de ahorro. ¿Qué más podía pedir?

—En absoluto —contestó él, mirándola por encima de su taza. Había visto el bar del gimnasio más veces en los últimos dos meses que en un año y medio. Y no conseguía concentrarse en el trabajo. Eso no le había pasado en quince años.

—De hecho, creo que podría ser buena idea que tu contrato fuera ligeramente más flexible de lo que habíamos previsto.

—¿Más flexible? —repitió Melissa.

—¿Tienes tu pasaporte en regla?

—¿Mi pasaporte?

—No puedo soportar que repitas todo lo que digo. ¿Qué tal si contestas a una pregunta?

—Sí, tengo mi pasaporte en regla. ¿Por qué? —preguntó ella. Pero mientras estaba formulando la pregunta, supo la respuesta—. Ah, no. No puedo.

—¿Por qué no puedes?

—Porque tengo cosas que hacer. Tengo que trabajar... pareces olvidar que trabajo aquí. No puedo marcharse así como así.

La idea de irse de vacaciones con Elliott la llenaba de pavor. Verlo todos los viernes ya le resultaba suficientemente difícil. Y eso que las reuniones apenas duraban una hora.

—Los empleados tienen derecho a vacaciones, que yo sepa. Tómate unas vacaciones. Sólo serán dos semanas...

—Pero...

—Además, puedes avisar con tres semanas de antelación. Piénsalo: será la primera vez que paso más de un par de horas con mi hija. Sí, últimamente nos comunicamos más, pero no resulta fácil y todo el trabajo que has hecho podría irse por la ventana si me fuera solo con ella de vacaciones. En un mundo ideal, Lucy y yo tendríamos una relación normal, pero éste no es un mundo ideal. Lo que seguramente pasaría es que Lucy no saldría de su habitación o se vería obligada a estar conmigo y los viejos resentimientos volverían a aparecer.

—No creo...

—Yo no sabía nada sobre los adolescentes hace un año, pero una cosa que he descubierto es que un adolescente que no se encuentra cómodo se encierra en sí mismo.

—Pero no tendríais que estar juntos todo el tiempo. Si tienes una casa en la playa, Lucy podría jugar con otros chicos de su edad.

Supongo que en Antillas habrá chicos de su edad, ¿no? A menos que tengas una isla privada, claro.

—A la que sólo se puede llegar en un jet privado.

Ella se quedó boquiabierta.

—¿Qué?

—¿Te parecería más tentador si fuera así?

Melissa consideró la posibilidad de estar atrapada en el paraíso con Elliott Jay, un hombre por el que se sentía horrible, absurdamente atraída, contra todo lo que le decía el sentido común. Imaginó una playa desierta por la noche, solos los dos...

—No —contestó—. No sería más tentador.

—Estupendo, porque no tengo ni una isla privada ni un jet. Eso me parece una ostentación absurda —sonrió Elliott—. Así que será un avión normal, una isla ocupada por muchas otras personas y una casita en la playa. Le diré a mi secretaria que se encargue de todo.

—Pero...

—Nada de peros, Melissa. Te ofrezco unas vacaciones en Antillas con todos los gastos pagados. Incluso puede que lo pases bien, ¿no crees? A menos que mi presencia te moleste...

—No, no es eso.

—Estupendo, entonces está decidido. Puedes darle la noticia a Lucy esta misma tarde. Y podríais ir de compras. También puedes comprar cosas para ti, si te hacen falta. Cárgalo a la tarjeta de Lucy.

—Eres muy amable, pero...

—¿Por qué no aceptas la oferta? —suspiró Elliott, levantándose —. No tienes que analizar los pros y los contras de todo. He visto dónde vives y seguro que no tienes un vestuario adecuado para unas vacaciones en Antillas. Cómprate lo que te guste, no te preocupes de nada más. Si no lo haces —le dijo al oído— tendré que tomarme más tiempo libre, llevarte a unos grandes almacenes y ayudarte a elegir la ropa personalmente.

Elliott sabía la reacción que iba a provocar esa amenaza. Melissa era bastante predecible en ese aspecto.

Miles de mujeres aceptarían un vestuario regalado para unas vacaciones pagadas sin pensárselo dos veces. Y no muchas verían su presencia como un estorbo, pero ella... Melissa era diferente.

Elliott volvió a su oficina mucho más contento. Hacía tiempo que no se tomaba unas vacaciones. Un año desde la última vez que

estuvo en Antillas, aunque solía prestar la casa a sus amigos. El ama de llaves y su marido se encargaban de cuidar el jardín tropical. Vivían allí básicamente para evitar que el sitio se llenara de telarañas.

Se encontró a sí mismo preguntándose qué impresión se llevaría Melissa. Favorable, seguramente. A Lucy le encantaría, por supuesto.

Además, le iría estupendamente bien tomarse unos días libres.

¿Y por qué negarlo? Tenía que quitarse de la cabeza a Melissa y sólo había una forma de hacerlo: acostándose con ella. La deseaba y pensaba tenerla porque estaba destrozando su concentración.

Melissa no quería tener una aventura con él, pero lo deseaba también. Lo sabía y esa idea era una excitación constante. Se sentía como un adolescente excitado cada vez que estaba a su lado. Por supuesto, tenía razón al decir que ni ella era su tipo ni al contrario, pero ¿no era cierto que cuando había deseo las expectativas no tienen la menor importancia?

Iba silbando cuando entró en su despacho y llamó a su secretaria para que hiciera los arreglos pertinentes.

Pero a Lucy la idea no le hizo ninguna gracia.

—No me apetece —protestó, abriendo la nevera para sacar una botella de agua mineral—. Ir con un par de adultos a una isla en medio de ninguna parte no me apetece nada.

—Tu padre quiere aprovechar la oportunidad para conocerte mejor —dijo Melissa.

—Puede conocerme aquí si está tan interesado.

Las protestas eran las mismas de siempre, pero ya no las hacía en el mismo tono. Con el paso del tiempo, Lucy había empezado a confiar más y más en Melissa y cuando le preguntó si podía contarle algunas cosas a su padre, Lucy no le dijo que no. No era un gran progreso pero, al menos, ya no se ponía tensa cada vez que Elliott entraba en casa.

—Y sólo serán quince días —insistió Melissa—. No creo que te pierdas tanto en quince días.

—Lo sé, pero... es que estoy empezando a hacer amigos por fin y si me voy...

—No se olvidarán de ti.

—Puede que sí. Además, todavía estoy gorda, no puedo ponerme

un biquini.

—Ah, bueno, entonces tendremos que comprarte uno de esos bañadores de cuello alto —rió Melissa—. Tu padre ha dicho que podemos ir de compras...

—Bueno... supongo que si sólo son quince días. Y ahora hay unas cosas muy bonitas para el verano.

—¿Seguro que cabrás en ellas? —bromeó Melissa.

—Sí, espero que sí —rió la cría—. He perdido peso desde que dejé de comer tantos bollos. No estoy tan delgada como antes, pero... Qué curioso, Australia me parece que está muy lejos. Sigue aquí, en mi cabeza, pero cada día me olvido más. ¿Eso es malo?

Habían tenido esa conversación muchas veces.

Perder a sus padres había sido una experiencia traumática para Lucy y mudarse a Inglaterra, con un padre al que no conocía y del que no sabía nada, fue terrible para ella. Pero la vida seguía y eso también parecía ser difícil de aceptar.

En cierto modo, seguramente era más consolador estar triste y furiosa con su padre, sentirse aislada. Romper ese patrón de comportamiento era el principio de un frágil proceso de cambio... que traía un montón de nuevos problemas.

Siguieron charlando durante un rato mientras Melissa le preparaba la cena.

—Menos mal que tú vas a venir con nosotros —dijo Lucy, cortando verduras. Las obligaciones de Lenka habían cambiado desde que Melissa empezó a trabajar para Elliott y ahora sólo hacía la compra y la limpieza diaria. Cuando Lucy llegaba del colegio, Lenka ya se había marchado.

—Si yo no fuera, seguro que tu padre y tú os llevaríais estupendamente.

—Sí, seguro, él se llevaría el ordenador a la playa y yo fingiría que lo estaba pasando bien.

—No es un ogro, Lucy —suspiró Melissa—. Incluso me ha dicho que puedo comprarme ropa. Parece sospechar que en mi armario no hay nada adecuado para una isla tropical... y tiene razón.

A Lucy lo de comprar ropa cara le daba igual. No era una esnob, aunque su padre fuera rico. Le gustaba tanto un pantalón vaquero como un vestido de diseño.

Melissa estaba de acuerdo con esa forma de ver la vida. Además,

había mirado su armario y, en su opinión, podía pasarse con lo que tenía.

Y lo último que deseaba era llamar la atención sobre sí misma mientras estaban de vacaciones. Haría lo que pudiera para pasar desapercibida y saldría sólo cuando lo hiciera Lucy. E incluso entonces, no dejaría de hacer su papel de carabina.

Capítulo 8

— Una casita en la playa» no describía la villa de Elliott en Antillas, colocada al borde de una pendiente, sobre una cala privada. Melissa, nerviosa después del largo vuelo, suspiró profundamente al ver el paisaje. En realidad, llevaba varias horas suspirando. Se había quedado maravillada en la sala VIP del aeropuerto, donde pudieron relajarse tomando un refresco, lejos del bullicio del aeropuerto, con los turistas ansiosos por empezar sus vacaciones. Y se quedó admirada al ver los asientos de primera clase, que podían tumbarse para hacer el viaje más cómodo. Se quedó maravillada del sol que los recibió cuando bajaron del avión para tomar otro, más pequeño, que llevaba a la isla donde estaba la casa de Elliott. Y allí estaba, atónita al contemplar la villa en todo su esplendor.

Si Elliott no supiera que ella no era una chica sofisticada, se habría dado cuenta de inmediato.

Pero la verdad era que no se había portado de forma condescendiente con ella. Cuando empezó a jugar con los botones del asiento, no se mostró avergonzado, todo lo contrario. Se puso a revisar papeles mientras ella jugaba con los botones. Cuando se quedó maravillada al ver la diminuta pantalla de televisión, no había mostrado la menor señal de condescendencia.

—Yo no he viajado mucho, la verdad —le había confesado Melissa.

—Ya veo —sonrió él.

Había sido inusualmente paciente y comprensivo y por supuesto, Lucy y Mattie, su compañera de colegio, invitada a última hora ante la insistencia de Lucy, no les dejaban tiempo para nada. Estaban tan emocionadas como dos crías el día de Navidad. Incluso se habían vestido para la ocasión con tops ajustados, falditas y sandalias de plataforma.

—¿Qué te parece mi casa?

Melissa se volvió. Después de tantas horas de viaje, el estaba

aparentemente lleno de energía. Parecía estar en su elemento. Ella, por el contrario, se sentía sudorosa e incómoda. No había conseguido dormir en el avión, a pesar de los cómodos asientos, y debía tener un aspecto horrible.

—No es lo que yo había imaginado —le confesó. Lucy y Mattie estaban haciéndose fotografías como si fueran estrellas de cine, mientras el hombre que cuidaba de la casa llevaba dentro las maletas.

—¿Qué habías imaginado?

Algo más pequeño.

Melissa no entendía por qué Elliott no se mostraba impresionado. Aquello era tan diferente de Londres, todo olía diferente, las flores tenían colores increíbles, el sonido de los insectos no se parecía a nada que ella conociera. Sí, era su casa y estaría acostumbrado, pero ¿era inmune a todos esos encantos?

La casa, con suelos de mármol y alfombras persas, estaba diseñada como un espacio abierto, para que la brisa del mar pudiera llegar a todas partes y se pudiera oír el sonido de las olas como si uno estuviera sentado en la playa. Los muebles eran de colores claros, beige, terracota, crema. Un porche con hamacas y sombrillas para protegerlo del sol rodeaba toda la casa. Era un sueño.

Elliott estaba hablando con Lucy y Mattie de la finca, señalando una piscina que no podían ver desde allí. Empezaba a oscurecer y Melissa sólo podía intuir las sombras de los árboles y los arbustos, el camino que llevaba a la cala privada...

Estar allí era irreal. Le asombraba pensar que, unas horas antes, estaban en Londres. Se alegraba de haber ido de compras, tragándose su orgullo, contenta de no haber llevado allí su más que usada ropa de verano. Aquél era un sitio para colores fuertes, vibrantes.

—¿Te alegras de haber venido? —oyó la voz de Elliott a su lado.

—Sí, claro. No entiendo cómo puedes pasar tanto tiempo en Londres cuando podrías estar aquí —contestó ella—. Lucy y Mattie se han enamorado del sitio enseguida. Nunca había visto a Lucy tan emocionada.

—Es asombroso lo que has hecho por ella.

—Gracias.

—Me alegro de que haya invitado a Mattie. Así lo pasará mejor.

—Sí, la vida de un adolescente se ve amenazada por un aburrimiento potencial, aunque haya un millón de cosas que hacer —rió Melissa.

—A menos que haya un ordenador cerca.

—¿Desde cuándo tienes esta casa?

—La compré hace cinco años, pero he venido pocas veces. El problema de un hombre rico: dinero para comprar lo que quiere y poco tiempo para disfrutarlo.

—Ay, pobrecito —rió ella—. La vida es dura, ¿verdad?

—Me alegro de que lo entiendas —sonrió Elliott.

Le habría gustado apartar el pelo de su frente, pero se metió las manos en los bolsillos para contener la tentación.

—Por otro lado, es culpa tuya por pasar tantas horas en la oficina.

—Ah, estamos de vuelta a eso que me hace tanta gracia: tu pragmática forma de ver la vida.

—Soy una persona sencilla. Por cierto, ¿dónde están Lucy y Mattie?

—Andan por ahí, supongo.

—No corren ningún peligro, ¿verdad?

—No, están absolutamente a salvo. No hay un sitio más seguro que éste en la tierra. Además, no están fuera, están en la cocina. Merle ha preparado algo de cena. Aparentemente, después de cenar en el avión, siguen teniendo hambre. Por eso he venido, para ver si quieres algo.

—¿Qué, por ejemplo?

—Sugiero algo ligero: cóctel de gambas.

—Qué rico —suspiró Melissa—. Pero me da pena irme de aquí, se está tan bien.

—Sí, es verdad —murmuró Elliott, mirándola a los ojos—. Venga, vamos a comer algo.

—Podríamos cenar en el porche —sugirió Melissa.

—Es mejor que nos acostemos temprano para disfrutar mañana de la playa —contestó él, repentinamente serio.

¿Qué demonios estaba haciendo? Melissa era una chica muy joven, sin experiencia. Sí, encontraba esa novedad enormemente atractiva. Sí, podía recordarla en su casa, desnuda y entregada, y su

cuerpo ardía de deseo, pero no jugaban en la misma liga. El tenía experiencia, ella no.

—¿Qué te pasa? —preguntó Melissa—. ¿Te estoy poniendo nervioso? Es que no estoy acostumbrada...

—No, no. No pasa nada.

—Pareces un poco tenso.

—No, es el jet lag —murmuró Elliott—. Nos afecta a todos.

Lucy y Mattie estaban en la cocina, comiendo una ensalada de gambas mientras Merle les contaba cosas sobre el pueblo.

—Tenemos cochecitos para la playa —fue lo primero que Lucy le dijo en cuanto entró en la cocina—. ¿Lo sabías? Mattie y yo podemos ir conduciendo esos cochecitos hasta el pueblo. ¡Nosotras solas!

Melissa tuvo una visión de dos adolescentes enloquecidas en la carretera, pero antes de que pudiera decir nada, Elliott le aseguró que allí no había apenas tráfico y que los coches eléctricos no pasaban de los treinta kilómetros por hora.

Lucy hablaba por los codos y, cuando tenía la boca llena, seguía Mattie, que no parecía nada tímida. Melissa temblaba al pensar en aquellas dos irrumpiendo en un tranquilo pueblo costero... pero parecían estar pasándolo de maravilla. Y eso era lo importante.

Elliott estaba un poco apartado, tomando una cerveza. Su reticencia se notaba más porque había sido muy amistoso durante todo el viaje.

¿Qué le pasaba? ¿Habría dicho algo, hecho algo que le hubiera molestado?, se preguntó. Quizá se había aburrido de ser un perfecto caballero y la idea de pasar quince días con dos adolescentes y la niñera de una de ellas le parecía insoportable.

Cuando terminaron de cenar, Elliott las llevó a los dormitorios y Lucy y Mattie mostraron un enorme entusiasmo por las camas cubiertas con delicadas mosquiteras blancas y los ventiladores del techo. Melissa permaneció callada e intentó no mostrarse impresionada.

Su habitación era tan grande como la de las chicas, pero con una sola cama. Estaba decorada en diferentes colores, verde y marfil.

—Todas las habitaciones dan al porche —le explicó Elliott—. La casa fue diseñada así, para que todos los invitados pudieran beneficiarse de la brisa del mar.

—Es estupendo.

—Merle ha deshecho tu maleta, así que sólo tienes que darte una ducha y meterte en la cama. Ah, hay una botella de agua en la mesilla, por si te entra sed en medio de la noche.

—¿Y qué quieres que haga mañana?

—Lo que tú quieras —contestó él—. Estamos de vacaciones. Puedes ir al pueblo con las chicas, si quieres, o relajarte en la cala con un buen libro. Hay otras playas, si te interesa ir a explorar —añadió, pasándose una mano por el pelo.

El tema de la seducción no se le iba de la cabeza. Pero no la seduciría contra su voluntad, él no era ese tipo de hombre. Entonces, ¿por qué la había invitado a ir? ¿Por qué sucumbía ante aquellos impulsos de adolescente?

—Muy bien.

—Diez minutos en uno de los coches eléctricos y te encontrarás con un paisaje de postal.

Cuando Melissa se quitó la goma del pelo y lo dejó suelto sobre sus hombros, Elliott tuvo que disimular un gemido. Con gran esfuerzo, se apartó y le dio las buenas noches sin apenas darle tiempo a replicar.

Sorprendida y deprimida por su actitud, Melissa se metió en la cama. A pesar de todo, durmió profundamente durante toda la noche y despertó con los rayos del sol, que intentaban colarse por las cortinas. Era una batalla perdida. Las cortinas eran gruesas, diseñadas para bloquear la luz, incluso la luz incandescente del trópico.

Cuando apartó las cortinas comprobó que no había una sola nube en el cielo, de un color turquesa profundo. El jardín, que le había encantado por la noche, era espléndido a la luz del día. Allí estaban todos los tonos del verde y las flores eran de colores fuertes, extravagantes.

¿Dónde estaba Elliott? Melissa se preguntó si habría imaginado su frialdad la noche anterior. ¿Estaría lamentando haberla pedido que fuera con ellos? Con Mattie en escena, quizá su presencia era innecesaria.

Después de ponerse un pantalón corto y una camiseta, salió al porche y descubrió que estaba sola. Las chicas y el señor Jay, le informó Merle, se habían ido al pueblo y no volverían hasta la hora

de comer.

De modo que no tenía nada que hacer. ¡Y había usado la tarjeta de crédito de Lucy! Seguramente, Elliott estaba furioso consigo mismo por haberla llevado allí y por los gastos que eso le habría ocasionado. Pero ella no podía hacer nada.

Cuando bajó a la cala, se había convencido a sí misma de que era un estorbo. De modo que debía hacer un esfuerzo por ser invisible. El jardín era enorme y en la cala no molestaría a nadie, pensó. Pero dudaba que Lucy y Mattie quisieran quedarse allí cuando seguramente en el pueblo habría playas llenas de chicos de su edad.

Y en cuanto a Elliott...

Mejor no pensar en él. Intentaría disfrutar del paisaje, algo nada difícil, pensó, mirando las buganvillas que crecían en el camino que llevaba a la playa.

—La hora del almuerzo —murmuró para sí misma. Eso podría ser de las doce en adelante. El ritmo de vida en aquel sitio no parecía estar dictado por reloj alguno. Decidió entonces que volvería alrededor de las doce para cambiarse de ropa, adoptar la actitud apropiada e intentar no poner a Elliott Jay de los nervios.

La pequeña cala era un paraíso: un semicírculo de arena blanca rodeado de arbustos y palmeras. Desde allí no podía verse la casa, de modo que sólo podía ver el mar, inmenso, infinito.

Melissa colocó la toalla sobre la arena y se tumbó para tomar el sol. Sería estupendo si sus pensamientos pudieran dejarla en paz, pero seguían dando vueltas en su cabeza. Elliott había sido muy agradable con ella durante todo el día... hasta la noche. Pero había sido frío otras veces, no debía extrañarse. Además, no fue ella quien se invitó a sí misma, fue él quien insistió en que los acompañara.

El sonido de las olas, repetitivo y acogedor, hizo que poco a poco se quedara dormida. Despertó sobresaltada, intentando acostumbrarse a la cegadora luz del sol...

—Deberías tener cuidado. Dormirse en una playa del trópico no es buena idea.

Su voz le llegaba desde atrás y Melissa se volvió. Elliott llevaba una sombrilla en una mano y una nevera portátil en la otra.

Pero lo más alarmante era que iba en bañador. Melissa tuvo que tragar saliva. Tenía unas piernas largas, musculosas, cubiertas de un

fino vello oscuro, y el bañador le quedaba muy bajo, justo en las caderas.

—Lo siento, no me había dado cuenta de la hora que era. ¿Dónde están las chicas?

—En el hotel Coral Reef —contestó él, clavando la sombrilla en la arena.

—¿Qué haces?

—¿Tú qué crees? Intentando protegernos del sol.

—No hace falta que te molestes. Yo pensaba irme a la casa...

—Estabas durmiendo —la interrumpió Elliott—. Además, ya te he dicho que las chicas están en el pueblo. Y he traído el almuerzo.

—Eres muy amable, pero no hace falta que te preocupes por mí. Estoy bien sola. Bueno, si las chicas están por aquí, estaré con ellas, claro... Podría ir al hotel a buscarlas.

—¿Para qué? Se han encontrado a un amigo de un amigo de un amigo y creo que tu presencia les destrozaría la diversión.

—Ah —suspiró Melissa. Quería que se la tragara la tierra. De modo que las chicas iban a pasarse las vacaciones con ese amigo y Elliott tendría que entretenerla, mientras apretaba los dientes, fastidiado.

—Yo no tenía que haber venido, ¿verdad?

Él no se molestó en contestar. Sacó una toalla y la colocó al lado de la suya.

—¿Me estás oyendo? —insistió Melissa.

—Estás aquí, así que sugiero que dejes de sentirte culpable y lo pases bien —dijo Elliott por fin.

—No me siento culpable. Estoy siendo honesta, dándote la oportunidad de decir que has cometido un error trayéndome aquí.

—A lo mejor ha sido un error, sí —suspiró él. Estaba guapísima. ¿Cómo podían haberle pasado desapercibidas esas curvas? Sus generosos pechos, apenas contenidos por un biquini hecho para una mujer de proporciones menos generosas, su estrecha cintura, las caderas... Unas caderas de verdad, no los huesos de las chicas con las que él solía salir. Y una personalidad tan rotunda como las caderas. Sí, había sido un error llevarla allí.

Una idea que le pareció brillante cuando estaba decidido a meterse en su cama, pero ahora... Elliott tuvo que sentarse para disimular su... incomodidad.

—Entonces, lo admites. Ha sido un error.

Él no contestó.

Indignada, Melissa se levantó para dirigirse al agua. Ni siquiera se fijó en lo clara que era, en aquel precioso color azul, sencillamente se tiró de cabeza y empezó a nadar a toda velocidad para olvidarse de Elliott Jay. No había dicho de broma que fue un error llevarla allí, lo había dicho muy en serio...

En ese momento, notó que él la agarraba por la cintura e intentó apartarse. Pero no podía competir con la fuerza del hombre y, por fin, dejó de luchar. Elliott la llevó hacia la orilla, sin decir nada hasta que estuvieron fuera del agua.

—Lo siento, sé que ésta es una situación incómoda para ti, pero no fue idea mía venir a Antillas —intentó disculparse Melissa—. Supongo que puedo volver a Londres en el primer vuelo...

—Mira, lamento haber dicho eso —la interrumpió él—. No pienso dejar que vuelvas a Londres...

—¿Que no? O sea, ¿que debo quedarme aquí, sabiendo que tú no quieres que esté?

—¿Quién ha dicho eso?

—Acabas de decir que ha sido un error...

—En realidad, eso lo has dicho tú. Yo...

—¿Te importaría hacer los arreglos pertinentes? Me gustaría marcharme lo antes posible.

—No.

—¡Tengo que irme!

—No tienes por qué.

—Muy bien. Entonces, yo misma buscaré un billete.

—¿Es que no lo entiendes? —exclamó Elliott, tomándola del brazo cuando intentaba apartarse.

—Lo entiendo muy bien. Puede que no tenga mucha experiencia, pero no soy tonta. Y no me gusta estar en un sitio en el que no soy bienvenida.

—Mira, es un error que estés aquí, pero no por la razón que tú crees. Tú complicas las cosas estando aquí... —empezó a decir Elliott con voz ronca—. Es un error porque te miro y quiero hacerte cosas... que no puedo hacerte.

—¿Qué cosas?

Elliott se explicó sin palabras. La atrajo hacia sí y empezó a

besarla con pasión, acariciando su pelo, apretándola contra su cuerpo, despertando una respuesta en Melissa que ni ella misma esperaba.

Capítulo 9

Tuvo que hacer uso de toda su fuerza de voluntad para apartarse y mirarlo a los ojos. Elliott seguía abrazándola y se alegraba porque no sabía si hubiera podido permanecer de pie.

—No puedo disculparme. Tenerte aquí es una tentación irresistible.

El significado de esas palabras tardó un momento en registrarse en su cerebro y Melissa parpadeó, confundida.

—Pero... no lo entiendo.

Elliott apartó un mechón de pelo de su frente.

—Lo que quiero decir es que estando aquí me colocas en la posición de tener que darme muchas duchas frías. Llevo pensando en ello desde aquella noche en tu estudio. En tocarte, besarte... y no sólo eso.

—Mira... —Melissa se aclaró la garganta. Aquello no podía estar pasando—. Esto es una locura... Yo trabajo para ti. No puedo creer lo que estás diciendo... tú mismo dijiste que yo no era tu tipo de mujer.

—Pensé que tenía un tipo determinado de mujer, pero estaba equivocado —murmuró él, deslizando los dedos por su espina dorsal, provocando un escalofrío—. Si de verdad quieres marcharte, dímelo ahora. Pero si te quedas, te garantizo que no podré apartar las manos de ti.

Ella se mordió los labios. Una sensación de abandono empezaba a hacerle olvidar el sentido común...

—Quizá no quiero marcharme.

—¿Quizá?

—No quiero marcharme —dijo Melissa por fin, enredando los brazos alrededor de su cuello.

Había dicho que había pensado en ella, en tocarla, en besarla. Y, finalmente, Melissa admitió que llevaba semanas haciendo únicamente eso. El viernes, el único día que se veían, se había convertido en el día más importante de la semana. Hasta aquel

momento había conseguido mantener sus sentimientos escondidos, pero ya no podía hacerlo. Allí no estaba trabajando, no podía volver a su casa, las líneas de demarcación habían cambiado por completo.

—Estupendo —dijo Elliott, tumbándola sobre la toalla.

—¿Y las chicas? —preguntó Melissa.

—No volverán hasta más tarde.

—¿Y Merle? ¿Y si decide venir?

—No lo hará —sonrió él—. Relájate. Estamos tú y yo solos —añadió, bajándole una tira del biquini.

Melissa dejó escapar un gemido. Una parte de ella no quería creer lo que estaba pasando. La otra parte lo deseaba tanto que temblaba por dentro. El roce de sus dedos mientras le apartaba un poco el biquini para acariciar sus pezones era increíblemente excitante.

—Eres preciosa —dijo él con voz ronca, tirando hacia abajo del biquini.

Cuando la había visto desnuda sobre el sofá—cama, se había quedado atónito por su salvaje sexualidad, tan bien camuflada bajo la ropa de trabajo. Pero entonces él estaba prometido con Alison y ella había bebido demasiado.

Esta vez podía disfrutar de su cuerpo totalmente. Los dos sabían lo que estaban haciendo.

Sus pechos parecían llamarlo. Con un rápido movimiento, empezó a masajearlos, empujándolos hacia arriba, acariciando los pezones. ¿Se había sentido más excitado en toda su vida? No era posible. Ella había abierto los brazos y tenía los ojos cerrados, respirando agitadamente.

Elliott se inclinó para chupar los rosados círculos. Saborearla era como saborear la miel por primera vez. Mientras le dedicaba atención a un pezón con la boca, jugaba con el otro con el dedo, apretando la punta, haciéndola gemir de placer.

Tenía las manos grandes, pero no podía abarcar esos pechos.

Melissa intentó tocarlo, pero él se lo impidió.

—No creo tener fuerza de voluntad suficiente para hacer que esto dure si me tocas —dijo con voz ronca—. Y es la primera vez que me pasa.

Melissa sonrió, traviesa, metiendo la mano bajo la cinturilla del bañador para acariciar su piel, despertando un gemido de puro

placer.

Era emocionante saber que podía hacerle sentir lo mismo que sentía ella. Estaba perdiendo el control, podía verlo en el brillo ansioso de sus ojos.

—Déjame —murmuró Melissa, acariciando su rígido miembro por encima de la tela del bañador.

—¿Qué intentas hacerme, mujer? —murmuró él, apartándose.

—Me gusta tanto...

—Me alegra oírlo —sonrió Elliott. Se sentía como un crío de veinte años otra vez—. ¿Qué he hecho que te guste tanto? ¿Esto quizá? —entonces bajó la cabeza para volver a lamer el pezón con la punta de la lengua, para chuparlo hasta que Melissa empezó a jadear—. ¿O esto? —Elliott empezó a deslizar la mano por su muslo, para dejarla después sobre su monte de Venus, frotando suavemente.

Atacada por todos los flancos, Melissa sencillamente se dedicó a disfrutar. Nunca se había sentido tan bien en toda su vida. Le estaba entregando su cuerpo y el acto parecía liberarla de todos los complejos. Elliott empezó a bajarle la braguita del biquini, besando su estómago, su ombligo, disfrutando del delicioso olor de su feminidad. Melissa era, acababa de descubrir, rubia natural. Sopló un poco sobre el suave vello rubio y luego metió la lengua. Tenía que hacer un esfuerzo para controlarse, para llevar el ritmo que a ella parecía gustarle.

Melissa gemía mientras él la exploraba. Una explosión de placer estalló en alguna parte dentro de ella y siguió creciendo mientras él deslizaba la lengua por el capullo escondido. Cuando creía que no podía soportar más la exquisita tortura, se percató de que Elliott estaba quitándose el bañador. La penetró con fuerza, de golpe, y empezó a moverse, jadeando.

Los dos llegaron al orgasmo al mismo tiempo y, por un momento, el tiempo pareció detenerse.

Los dos estaban cubiertos de sudor.

—No puedo creer que hayamos hecho el amor en la playa —dijo Melissa, con una sonrisa insegura. Ahora que la pasión había desaparecido, no sabía bien qué habría después.

Habían hecho el amor. ¿Significaba eso que Elliot consideraba satisfecho su apetito? Él la tranquilizó tomando su cara entre las

manos.

—La vida está llena de experiencias.

Melissa se sentía en el séptimo cielo. Quería compartir todas esas experiencias con él. No era sólo deseo, era algo más, no sabría ponerle nombre.

Más tarde, cuando todos se habían ido a dormir, Elliot le ofreció otra nueva experiencia: nadar a la luz de la luna y hacer el amor en la playa, de noche, con una botella de champán en un cubo de hielo por toda compañía.

Durante los días siguientes, Melissa intentó portarse de forma normal cuando Lucy y Mattie estaban por allí, acompañándolas al pueblo para ir al hotel que parecía atraerlas como un imán, nadando en la playa. En algunas ocasiones, Elliott se quedaba en casa trabajando en su ordenador. Y Melissa, aunque lo pasaba bien visitando las playas y los hoteles de la zona, siempre esperaba impacientemente el momento de volver con él. Y Elliott siempre estaba esperándola.

Parecía más relajado que nunca. Las invitó a cenar un par de veces en el pueblo e incluso bromeó sobre la razón para que a las chicas les gustase tanto el Coral Reef.

—Somos jóvenes —se defendió Lucy—. ¿Por qué vamos a querer estar con dos adultos todo el tiempo?

Esto ocurrió durante la primera semana. Estaban en un restaurante cerca de la playa. Al otro lado de las puertas de cristal, una piscina iluminada, rodeada de palmeras.

—¿Porque somos gente interesante? —sugirió Elliott. Parecía muy cómodo, muy divertido. Cada vez que a Melissa se le iban los ojos, intentaba disimular para que las chicas no se dieran cuenta, pero era muy difícil. Quería tocarlo, besarlo todo el tiempo.

Cuando se tocaban, era como si un incendio se desatara dentro de ella, de tal forma reaccionaba su cuerpo.

—Quizá el uno para el otro —sugirió Lucy. Elliott y Melissa se miraron—. A lo mejor os interesa mucho hablar sobre lo que pasa en el mundo, pero a nosotras no nos apetece.

—¿Y no tiene nada que ver con el hecho de que en ese hotel hay muchos chicos de vuestra edad? —sonrió Melissa.

—También hay chicas —contestó Lucy, poniéndose colorada.

Unos días antes, Elliott les había dado una charla sobre la

necesidad de portarse de forma decorosa. Melissa, que estaba leyendo un libro, tuvo que hacer un esfuerzo para no soltar una carcajada.

En cuanto a la relación padre—hija, aquellas vacaciones estaban siendo un éxito. La falta de estrés, el sonido de las olas, el sol, no tener que mirar el reloj, estaba siendo fundamental para que Elliott y Lucy se acercaran.

Pero en cuanto a su propia relación con él...

Era algo en lo que pensaba cuando estaba sola y que no mencionaba cuando estaban juntos porque esa relación era una pregunta si contestar. Aunque Melissa creía saber la respuesta.

Estaban disfrutando de unas vacaciones, nada más.

Le seguía asombrando saber que le había gustado desde el principio, que cada vez que la miraba, como le había confesado una noche, tenía que hacer un esfuerzo para no tocarla. ¿Cómo podía gustarle tanto? Ella no era ni tan inteligente como su ex prometida, ni tan delgada.

Pero sólo era un romance de vacaciones. No había futuro para ellos y Melissa lo sabía bien.

Aunque estaba enamorada de Elliott.

Para ella, no era sólo un romance de vacaciones. Había encontrado a su alma gemela, alguien con quien querría compartirlo todo, alguien con quien querría pasar el resto de su vida.

¿Cuándo había empezado aquello?, Melissa se hacía esa pregunta día y noche. Al principio, le había parecido una persona arrogante, fría, distante. Sí, Elliott Jay podía ser arrogante, pero nunca la había hecho sentir como una tonta. Sí, sabía que sólo era una distracción para él, algo diferente de las mujeres con las que solía salir, pero cuando hacían el amor no se sentía de ese modo porque Elliott era un amante maravilloso.

Y ya sólo les quedaban unos días en la isla. Cuando tenían la cala para ellos solos durante el día, hacían el amor bajo la sombrilla y, por las noches, se bañaban y volvían a hacer el amor. Él le decía cosas bonitas y Melissa las guardaba en su memoria para siempre.

Tenía que significar algo para él. Tenía que ser algo más que una aventura pasajera. Elliott nunca le daba esperanzas, por supuesto, pero ningún hombre podía ser tan cariñoso, tan solícito si no sentía

algo por una mujer.

—¿En qué piensas?

Melissa levantó la mirada del libro que estaba leyendo para ver al objeto de sus pensamientos. Llevaba unos pantalones cortos de color caqui y una camiseta blanca que le daba un aspecto muy juvenil. Estaba muy bronceado, mucho más que ella, aunque su piel había adquirido un precioso tono dorado y su pelo era más rubio que nunca... y más temperamental.

—Estaba pensando en lo bien que lo estoy pasando estas vacaciones —contestó, con una sonrisa en los labios—. Las chicas lo están pasando de maravilla también y tú... bueno, pareces diferente, más relajado.

—Porque estoy de vacaciones. La gente suele estar más relajada cuando está de vacaciones. Y debo admitir que hacía mucho tiempo que no me tomaba quince días libres.

—Quizá deberías hacerlo más a menudo.

Si llevaba mucho tiempo sin tomarse vacaciones, no habría salido de viaje con Alison... Y eso que era su prometida. Podría no haber dicho nada sobre amor o compromiso, pero que fuera con ella con quien pasaba unos días fuera de la oficina tenía que significar algo.

Además, ella lo amaba tanto, le gustaba tanto estar en su compañía que tenía amor suficiente para hacer que aquello funcionara. O eso esperaba.

No había duda de que Elliott la deseaba. Había dejado eso perfectamente claro muchas veces. Quizá sería un principio.

—Las chicas quieren ir a bailar a una discoteca —dijo Elliott entonces.

—¿Cuándo?

—Esta noche. Aparentemente, aquí nadie sale de casa antes de las diez. Les he dado permiso hasta las dos.

—¿Crees que deberías quedarte con ellas, por si acaso?

—Conozco el hotel y sé que hay mucha seguridad —contestó él —. Además, las chicas se están portando bien, no creo que hagan ninguna tontería. No, volveré a casa y luego iré a la discoteca a buscarlas.

—¿Vas a quedarte despierto hasta las dos de la mañana? —preguntó Melissa, fingiendo inocencia.

—Yo esperaba que alguien hiciera un esfuerzo para mantenerme despierto.

—¿Quién, por ejemplo?

—No veo a nadie más por aquí —sonrió Elliott, acariciando su pelo.

—No, no hay nadie más.

Melissa se preguntó entonces cómo había llegado a ese punto. A estar enamorada de un hombre para quien era una aventura conveniente durante unas vacaciones... ¿y luego?

Entonces pensó en un mundo sin aquel hombre y todo le parecieron tinieblas.

Le esperaría, se dijo.

Mientras ayudaba a las chicas a vestirse para la discoteca, un proceso que duró hora y media, se preguntó qué se pondría ella para esperar a Elliott.

Lucy, bronceada y más delgada que nunca, estaba preciosa. Era difícil recordar a la adolescente insegura que había sido hasta unas semanas antes.

Cuando Elliott volvió a la casa después de dejarlas en la discoteca, Melissa estaba esperándolo en su dormitorio, con el atuendo más tentador posible: nada en absoluto.

Nunca habían tenido la casa para ellos solos hasta entonces. Durante el día, aunque las niñas no estuvieran por allí, estaban Merle y su marido, de modo que hacían el amor en la playa. Pero aquella noche tenían la casa para los dos.

—Me dejas sin aliento —dijo Elliott con voz ronca, cerrando la puerta con el pie.

En lugar de lámparas, Melissa había encendido velas por toda la habitación y dejado abiertas las puertas que daban al porche, de modo que la brisa movía suavemente las cortinas.

Se había soltado el pelo, que caía por su espalda en una cascada de rizos. Elliott pensó que no había visto a una mujer tan hermosa en toda su vida. Bajo la ropa, era el sueño de cualquier hombre. ¿Cómo no iba a serlo?

Empezó a quitarse la camisa y permaneció de pie mientras se quitaba el resto de la ropa, sonriendo al ver que los ojos azules se deslizaban hacia su erecta masculinidad.

—Oh, no —murmuró Melissa cuando iba a tumbarse sobre ella

—. Aún no.

Empezó a besar su torso, haciendo un círculo sobre los diminutos pezones con la lengua... y siguió hacia abajo. Elliott dejó escapar un gruñido de placer salvaje cuando se metió su miembro en la boca. Se agarró a su pelo y echó la cabeza hacia atrás, intentando mantener el control. Luchaba para no terminar antes de tiempo, pero verla así, sus pechos moviéndose suavemente, sus pezones sobresaliendo porque estaba tan excitada como él... Cuando empezó a chupar el duro miembro, no pudo soportarlo más y, con un rápido movimiento, la tumbó sobre la cama.

—Bruja.

Melissa rió suavemente, segura de su poder. Si era una bruja, su primer encantamiento sería convertir su deseo en amor.

—No te muevas.

—¿Qué vas a hacer?

—Nada que no vaya a gustarte... muchísimo.

Elliott abrió un cajón y sacó unas cintas rojas que ella había llevado en el pelo el día que llegaron a la isla.

—Pensé que las había perdido.

Melissa tuvo que tragar saliva al pensar que quizá significaba algo para él. Si había guardado sus cintas...

Sonriendo, Elliott le ató las manos al cabecero de la cama. Podría soltarse si ése era su deseo, pero Melissa no pensaba hacerlo. Era su prisionera y podía hacer con ella lo que quisiera.

Sus pezones estaban duros, esperando sus caricias. Le encantaban sus pechos, se lo había dicho muchas veces. Eran grandes, eróticos. Y sus pezones, grandes también, rosados, duros cada vez que se excitaba.

Saber eso la excitaba aún más. Elliott la volvía loca juntando y separando sus pechos, masajeándolos, sin dejar de mirarla a los ojos.

—¿Te gusta?

—Sí —contestó Melissa, casi sin voz.

Estaba encima de ella, separando sus piernas con las manos para acariciarla con la lengua. Su respuesta fue inmediata, arqueándose para que llegara mejor, abriendo más las piernas para dejarle el camino libre.

Cuando sintió que estaba a punto de llegar al final, Elliott se

apartó un momento para que ella le suplicase… y entonces volvió a empezar con la exquisita tortura.

Sólo se apartó para buscar el preservativo, que había usado siempre, excepto aquella primera vez, en la playa.

Melissa parecía estar en suspenso mientras esperaba que la penetrase. Y lo hizo con una sola embestida que la hizo gemir de placer.

Elliott había aprendido a conocerla bien durante esos días; sabía cómo moverse para darle placer, sabía cómo hacerla jadear, gemir, llevarla hasta el final.

Como no había nadie en la casa, ninguno de los sentía la necesidad de ser discreto. Melissa oía sus propios jadeos, la voz ronca de Elliott diciéndole cosas que la excitaban más y más mientras no dejaba de moverse. Por fin, cuando llegó al orgasmo, gritó de placer, soltando sus manos para apretar los fuertes brazos del hombre.

—¿Qué me haces? —jadeó él, cuando por fin pudo hablar.

—¿Qué te gustaría que te hiciera? —murmuró Melissa.

—Todo —contestó Elliott—. Tenemos dos días más. Se pueden hacer muchas cosas en dos días —añadió, enterrando la cara en su pelo.

Dos días. No había mencionado lo que iba a pasar después y ella no quería decir nada. A pesar de la pasión de sus encuentros, había ciertas cosas de las que Elliott no hablaba en absoluto. Sus emociones, por ejemplo. No le había contado por qué cortó su relación con Alison y no parecía dispuesto a decirle lo que sentía por ella. Por el momento, sólo era su juguete durante las vacaciones.

«Dos días». Melissa no podía dejar de pensar en eso. Tendría que ser optimista. ¿No le había dicho que pensaba en ella, que se había convertido en una obsesión, que por eso la invitó a ir a Antillas con él?

Cuando estuvieran de vuelta en Londres, volvería a pensar en ella, la echaría de menos. No querría romper aquella relación. Quizá.

Y ella no pensaba presionarlo. Lo amaba, su amor sería suficiente, se dijo. Melissa acarició su pelo, imaginando momentos felices, aunque una vocecita malvada le decía que estaba siendo una

tonta.

—Tienes razón —murmuró—. Se pueden hacer muchas cosas en dos días.

Pero esos dos días pasaron en un suspiro.

La preciosa isla desaparecía de su vista poco a poco, convirtiéndose en un borrón, mientras volvían a Londres. Intentó dormir en el avión, pero no era capaz. Se decía a sí misma que a Elliott le importaba, aunque no se lo hubiera dicho. Quizá las palabras de amor no eran fáciles para un hombre como él.

Pero debía usar la cabeza.

Habían hecho el amor apasionadamente, pero Elliott no le había prometido nada, ni siquiera una relación que durase un solo día en cuanto pisaran suelo inglés.

Tendría que convencerlo, pensó. Quizá dependía de ella. Ese pensamiento la mantuvo contenta mientras bajaban del avión y recogían sus maletas.

Más tarde, Melissa se preguntó durante cuánto tiempo se habría agarrado a ese sueño si la realidad no hubiera sido como una bofetada. Porque Alison estaba en el aeropuerto, con un vestido azul pálido, esperándolos, esperando a Elliott.

Capítulo 10

Aquél era el momento del día que Melissa había aprendido a disfrutar más: las seis de la tarde. Sus padres estarían abajo, en la cocina, y ella podía quedarse en su dormitorio sin que la interrumpieran. Podía pensar libremente en aquel desastroso día final con Elliott.

Habían pasado cinco semanas, pero a ella le parecían horas. Podía ver a Alison en el aeropuerto, impecablemente vestida, sonriendo mientras se acercaba para besar a Elliott...

En aquel momento, todas las ilusiones de Melissa se vinieron abajo. Su sueño de que Elliott la amase un poco, una fracción de lo que ella lo amaba había desaparecido.

Si Elliott se había quedado sorprendido al ver a su ex allí, no lo demostró. Lucy y Mattie decidieron ir a la cafetería... Lucy con expresión disgustada, diciéndole a su padre que se verían en media hora. Por su tono, estaba claro que esperaba que, media hora después, su ex prometida hubiera desaparecido.

Ella no sabía qué hacer. Alison la ignoraba por completo...

Melissa suspiró, mirando por la ventana. Estaba sentada sobre el baúl en el que guardaba sus juguetes de niña. El paisaje, como siempre, era precioso. En los mejores momentos, se decía a sí misma que la vida seguía adelante, que sus problemas no eran nada. Pero no podía dejar de pensar que, si le hubiera hecho caso a la vocecita que la prevenía, no estaría en aquella situación.

No habría intentado interponerse entre Alison y Elliott, horriblemente nerviosa, pero decidida a luchar por el hombre de sus sueños. Esperaba que su presencia recordara a Elliott que Alison era el pasado y ella el presente.

Había sido un error. Aún le dolía recordar la indiferencia con que la miró. Había sido como una bofetada.

Alison, por lo visto, había hablado con su secretaria para saber la hora a la que llegaba el vuelo y se había presentado allí sin avisar.

Durante ese tiempo, Melissa se agarraba a la absurda idea de que hubiera ido a verlo por una cuestión profesional... sólo cuando Elliott fue a buscar a las niñas a la cafetería y se quedó sola con Alison, descubrió que estaba equivocada.

La propia Alison, con voz de hielo, le contó que Elliott y ella no habían roto. Era esa voz con la que imaginaba que interrogaría a los pobres sospechosos. Sencillamente, la habían transferido temporalmente a Nueva York.

—Sé que, seguramente, se ha acostado contigo, pero es un hombre y los hombres son así. Tú estabas allí, yo no. Además, antes de irme a Nueva York, quedamos en que podríamos ver a otras personas.

—Entonces, no estabais juntos —arguyó Melissa.

—Claro que estábamos juntos. Estamos hechos el uno para el otro, querida. Ya te advertí que Elliott era un hombre muy carismático... Es muy atractivo y tú, evidentemente, un revolcón fácil.

Melissa se puso pálida.

De modo que todo era mentira. Elliott no había roto con Alison, sencillamente había estado algún tiempo fuera. Y mientras el gato estaba fuera, el ratón había decidido jugar un rato.

Elliott le había mentido. De la forma más vulgar, más grosera. La había usado para satisfacer sus deseos... y ella se lo había creído todo.

El paisaje al otro lado de la ventana empezó a convertirse en un borrón y Melissa se secó las lágrimas con la manga del jersey. En realidad, ahora lloraba pocas veces.

Cuando llegó a casa de sus padres no podía dejar de llorar. Afortunadamente, sus padres aceptaron su explicación de que se había enamorado de alguien y la relación no había funcionado. No le hicieron más preguntas, de modo que Melissa no les contó nada sobre su aventura con Elliott Jay, ni sobre Alison, ni les dijo que se había marchado del aeropuerto a la carrera, sin despedirse de las niñas siquiera... porque no podía hacerlo.

No miró atrás. Fue a su apartamento, hizo las maletas y se dirigió a Yorkshire. Unos días después, había enviado su dimisión por e—mail al gimnasio, sin dar más explicaciones, y una carta a Lucy para pedirle disculpas por su repentina desaparición. En la

carta le decía que había tenido una emergencia familiar, pero que se pondría en contacto con ella en cuanto volviera a Londres.

En cuanto a Elliott... no podía dejar de pensar en él. Soñaba con él, era en lo último que pensaba al acostarse, en lo primero que pensaba al despertar.

Pero el tiempo curaría todo eso, se dijo. Estaba recuperándose. Tres días antes había empezado a buscar trabajo en el periódico.

Melissa miró el reloj de la pared. Sus padres la llamarían para tomar el té en cinco minutos. Siempre cenaban a las ocho, siempre se iban a la cama a la misma hora. Era irritante y enternecedor al mismo tiempo.

Cinco minutos después, oyó la voz de su madre en el piso de abajo. Pero cuando abrió la puerta de su dormitorio, la encontró subiendo la escalera a toda velocidad.

—¿Qué ocurre? ¿Es papá?

—Otra vez llevas esos vaqueros viejos. ¿Por qué no te cambias?

—¿Qué?

—Y tienes el pelo hecho un desastre.

—¡Mi pelo siempre está hecho un desastre! ¿Qué pasa, mamá?

—Tienes visita.

—Oh, no, mamá, ¿no habrás...?

Melissa no había hecho caso a las sugerencias de su madre de que la solución a todos sus problemas sería conocer a un buen chico de Yorkshire. Incluso había mencionado el nombre de un amigo de la familia...

—No me digas que has llamado a ese chico...

—Está hablando con tu padre.

—No pienso salir con nadie, mamá. Olvídalo —le advirtió Melissa, suspirando.

—¿Por qué no hablas con él? No tienes nada que perder —insistió su madre, intentando arreglarle un poco el pelo.

—Muy bien, hablaré con él. Pero sólo porque está aquí, ¿de acuerdo? Luego no quiero saber nada.

—No me hables con ese tono, jovencita.

Melissa levantó los ojos al cielo.

—¿Vas a cambiarte o no? —insistió su madre.

—No —contestó ella, bajando la escalera.

Pero cuando llegó al salón, se percató de que la visita no era

aquel «buen chico de Yorkshire». Era Elliott.

Y se le paró el corazón.

Después de cinco semanas, allí estaba, tan fresco, charlando con su padre. Melissa se dio la vuelta, pero su madre la empujó con firmeza hacia el salón.

—Tu padre y yo tenemos unos recados que hacer, así que te dejamos con el señor Jay.

Unos segundos después, cuando sus padres desaparecieron, Melissa se volvió hacia Elliott.

—¿Se puede saber qué haces aquí?

—¿Tú qué crees, que pasaba por Yorkshire? He venido a verte.

—Pues yo no quiero verte, muchas gracias. Quiero que te marches. Ahora mismo.

—No pienso marcharme, Melissa.

—¡Mis padres no deberían haberte dejado entrar! ¿Cómo me has encontrado?

—Me dijiste que tus padres vivían en Yorkshire, así que sólo tuve que hacer un par de llamadas... ¿Te importaría sentarte? Y deja de mirarme como si fuera un monstruo.

Melissa se dejó caer en el sofá, con el corazón latiendo como si quisiera salirse de su pecho. No tenía ni idea de por qué había ido a Yorkshire, pero tenía sus sospechas. Pero si pensaba que iba a poder seguir manteniendo una relación sexual con ella, estaba más que equivocado.

—Lucy te echa de menos.

Melissa lo miró de verdad por primera vez. Y, por primera vez, se percató de que parecía cansado.

Había ido a verla por Lucy, pensó. Como siempre, su imaginación se había puesto a volar absurdamente, leyendo mensajes que no existían. Había ido por su hija.

—¿Cómo está?

—Enfadada. Y me culpa a mí por tu desaparición, por supuesto.

—Y eso no puede ser, ¿verdad? —replicó Melissa, sarcástica—. Al gran Elliott Jay no se le puede culpar de nada.

Elliott apretó los labios. Parecía inseguro, algo muy extraño en él. Pero incluso un hombre como él se habría sentido avergonzado al ver lo que pasaba en el aeropuerto, al ver que ella descubría sus mentiras...

—No pienso volver, si eso es lo que quieres. Siento que Lucy me eche de menos. Yo también la echo de menos, pero ahora estoy aquí y pienso quedarme.

—¿Por qué? —preguntó él.

—Porque me he dado cuenta de que no estoy hecha para la vida en la gran ciudad. Yo soy una chica de pueblo y es aquí donde debo estar —contestó Melissa.

—Lo siento mucho.

—¿Qué es lo que sientes? No quiero que sientas pena por mí. De hecho, no te quiero aquí en absoluto. Y no pienso volver a Londres. Lamento que Lucy no esté contenta, pero tendrás que pedirle ayuda a tu prometida.

—No siento pena por ti —dijo Elliott bruscamente, levantándose —. Y no hay ninguna prometida.

—Ya, claro. ¿Alison lo sabe? —replicó Melissa, irónica.

—Alison lo sabe desde hace meses.

—¿Seguro? Venga, Elliott...

—¿Qué quieres decir?

—Que me mentiste. Me dijiste que habías roto con Alison, pero no era verdad. La habían enviado a Nueva York durante unos meses...

—Sigue, esto suena interesante —dijo Elliott, sin expresión.

—No tengo nada más que decir. Me mentiste, me hiciste creer que habías roto con ella.

Elliott dejó escapar un suspiro.

—Debería haberte abrazado en el aeropuerto, debería haber hecho algo... eso es lo que pasa. Por eso saliste corriendo.

Melissa apartó la mirada para contener las lágrimas.

—Debería haberlo hecho, lo sé.

—¿Por qué ibas a hacerlo? Sigues prometido con Alison...

—¡No lo estoy! Corté con ella hace meses —insistió él.

—No es eso lo que ella me dijo en el aeropuerto.

—¿Tú crees que soy el tipo de hombre que se aprovecha de una mujer, que la engaña para acostarse con ella? —preguntó Elliott.

—Eso es lo que hiciste, por lo visto.

Si no le gustaba la respuesta, podía marcharse por donde había llegado, pensó Melissa. Pero entonces ocurrió algo: Elliott se puso de rodillas delante de ella y le ofreció un pañuelo, que ella aceptó

mientras le informaba con voz temblorosa de que no estaba llorando.

—¿Por qué no te diste cuenta? ¿Por qué no viste que se me rompía el corazón en el aeropuerto? ¿Por qué me ignoraste cuando apareció Alison después de las dos semanas maravillosas que habíamos pasado juntos?

—Lo siento —musitó Elliott—. Supongo que… tenía miedo.

—¿Miedo de qué?

—Había pasado las dos semanas más bonitas de mi vida y, de repente, tenía que enfrentarme a dos realidades completamente distintas. Había cortado con Alison, pero ella representaba todo lo que mi vida había sido hasta entonces. Y luego estabas tú, llena de alegría, impulsiva, feliz, impredecible. Por un momento, no sabía cuál era mi mundo, cuál debía ser mi decisión.

«Las dos semanas más bonitas de mi vida».

Melissa no podía dejar de pensar en esa frase.

Pero entonces recordó que Elliott no se había puesto en contacto con ella durante aquellas cinco semanas y sólo lo había hecho porque Lucy la echaba de menos.

—No hace falta que me digas cuál ha sido tu elección. Una pena que tenga que enterarme ahora, porque Lucy te ha obligado a venir…

—Nadie me ha obligado a venir —la interrumpió él—. Hace cinco semanas que no sé nada de ti, es verdad, pero han sido las cinco semanas más largas de mi vida.

Melissa lo miraba, incrédula. No podía culparla, pero deseaba tanto abrazarla, besarla de nuevo.

—Tenía que pensar. Me había pasado algo, algo importante, y no sabía qué hacer.

—Ya.

—Por primera vez en mi vida me encontraba a mí mismo sobre arenas movedizas, por eso he tenido que venir. Pensé que podría volver a la normalidad, que si no volvía a verte quizá era lo mejor. Me equivoqué, Melissa. He descubierto que no puedo vivir sin ti, que no quiero vivir sin ti.

—Pero… Alison me dijo…

—Alison te mintió. Rompí con ella el día después de nuestro primer encuentro en tu casa —la interrumpió Elliott—. Apareció en

el aeropuerto porque quería volver conmigo y quería que tú lo supieras. No la he visto desde ese día.

Melissa lo miraba, sin saber qué pensar.

—Pero...

—Te quiero. No sé cuándo empecé a quererte, pero es así. Estoy loco por ti. Para siempre.

Ella tuvo que tragar saliva. Le parecía como si oyera unas campanitas...

—¿Me quieres? ¿A mí?

—Y sé lo que vas a decir.

—¿Lo sabes?

Curioso, porque ni ella misma lo sabía.

—Y estoy de acuerdo. Tenemos que casarnos. ¿Quieres casarte conmigo, Melissa Lee?

—¿Casarme contigo?

—Cásate conmigo, cariño... y no será un compromiso largo. Te quiero a mi lado lo antes posible. Si fuera por mí, me casaría hoy mismo, pero sé que a tu madre le hace ilusión una boda con muchos invitados...

—¿Cómo dices?

—He hablado con ellos... le he pedido tu mano a tu padre —sonrió Elliott—. Y les he dicho que sería un marido maravilloso.

Melissa soltó una carcajada. Una carcajada feliz. Se sentía como si estuviera en una nube. Aquello no podía ser verdad, era imposible.

—Bueno, en ese caso, y considerando que te adoro, supongo que una boda por la iglesia, con muchos invitados, será lo mejor.

—Y mientras tanto —dijo Elliott entonces, sacando una cajita del bolsillo—. Esto es para que todo el mundo sepa que eres mía. Espero que te guste.

El anillo le quedaba perfectamente.

—Es precioso —murmuró Melissa, intentando contener las lágrimas—. Y me da igual lo que piense todo el mundo. Soy una mujer enamorada para siempre, Elliott. Con anillo o sin él.

Fin